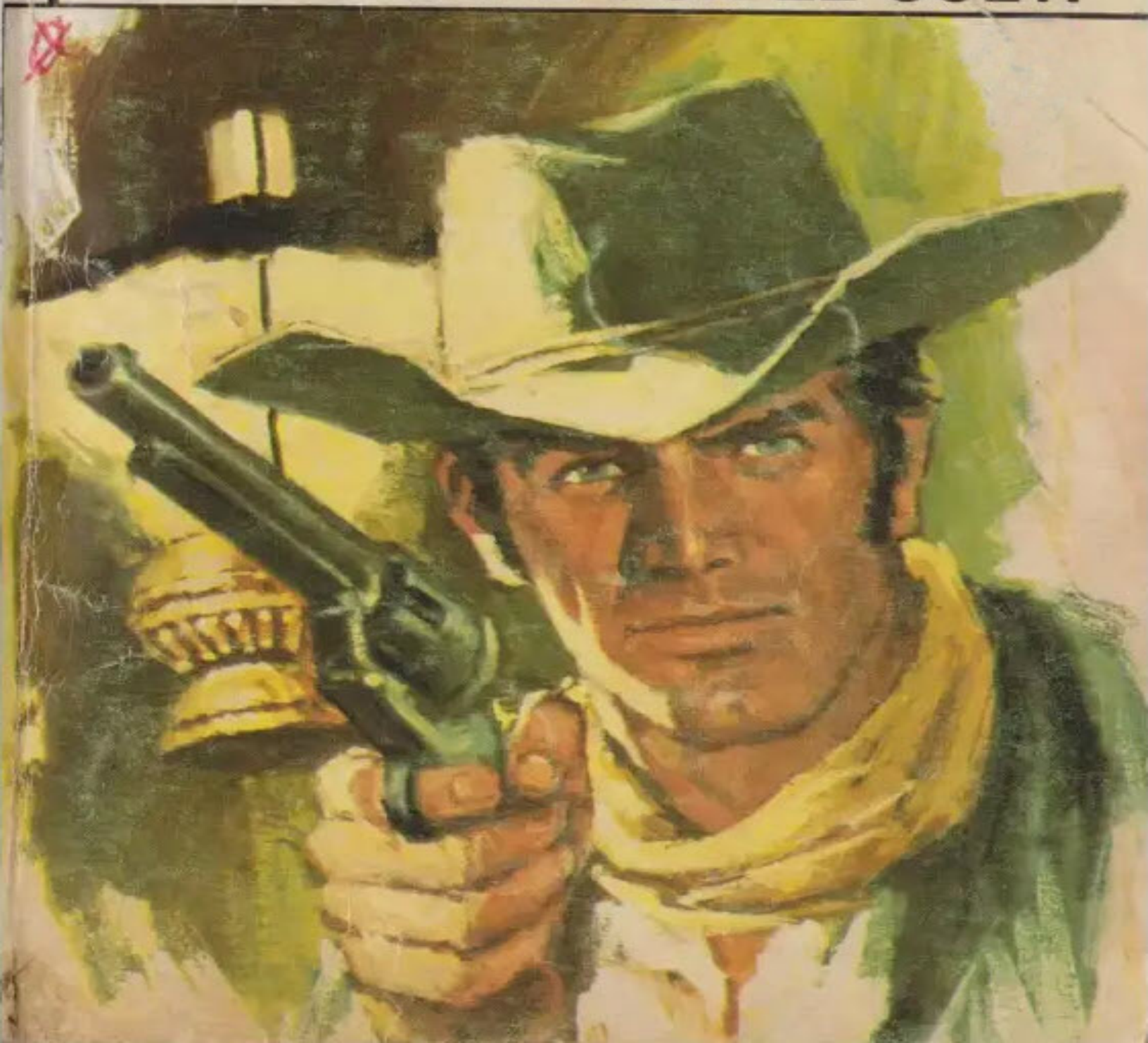
BOLSILIBROS
Oeste
EDICIONES B
TEXAS

# MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

## ¡CUANDO GANE CON EL COLT!



- CAPITULO I
- CAPITULO II
- CAPITULO III
- CAPITULO IV
- CAPITULO V
- CAPITULO VI
- CAPITULO VII
- CAPITULO VIII
- CAPITULO IX
- CAPITULO X

MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

# ¡CUANDO GANE CON EL COLT!

# CAPITULO I

Cary caminaba por el centro de la calzada con más de tres pulgadas de polvo y pensaba en lo que sería esa calle en un día de lluvia. Imaginaba un barrizal por el que no se podría caminar a pie. Y al fin, decidió lo más correcto. Montar sobre el animal y buscar un herrero que era lo que consideraba más urgente, porque una de las herraduras estaba bastante floja.

Había preguntado por el taller de algún herrero y le indicaron que siguiera por esa calle, pero como la distancia se hacía excesiva para seguir caminando por ese mar de polvo, saltó sobre el animal. Y no tardó en encontrar lo que buscaba.

El oído le ayudó a llegar hasta el taller. Se oían los golpes sobre el yunque a bastante distancia.

Entró en el amplio patio donde en un rincón estaba la cuadra y al lado la fragua en la que estaba trabajando. No dejó de hacerlo, aunque miró de reojo para decir:

—¡Hola, forastero! ¡Un momento...! No quiero que se enfríe demasiado esta herradura.

—No tengo prisa. Termine sin precipitarse...

Mientras el herrero golpeaba miró el caballo y añadió:

—¡Bonito ejemplar! Sí, señor. Uno de los más bonitos que he visto por aquí.

Cary sonreía.

—Yo diría que es hasta demasiado buen ejemplar... añadió. Y demasiado bonito...

—Tiene usted una manera muy especial de hablar...

—Pero yo sé lo que digo... Verás... —y dejó de golpear, echando la herradura terminada a un cubo con agua—. Hay aquí un ganadero que tiene verdadera pasión por los caballos. Y, desde luego, quiere ser el que tenga los mejores ejemplares de toda esta zona, hasta la frontera, por donde suelen andar muy buenos caballos también. Y de allí ha traído algunos. De Douglas trajo un hermoso semental, pero no está contento. Dice que tiene más presencia que buena calidad en las crías que ha obtenido hasta ahora. Por aquí no se celebraban carreras de caballos nunca. Se discutía a veces

sobre determinados caballos entre dos ganaderos y con una apuesta de diez dólares como máximo se enfrentaban los discutidos animales. Y, sin embargo, ahora todos los años, aprovechando el Cuatro de Julio se celebra una carrera a la que acuden participantes de lejos. Si decía que es hasta demasiado bonito, es porque así que le vea va a querer comprarte este animal.

—¡No se preocupe! Estamos muy encariñados los dos. Si lo vendiera, me buscaría y sería arrastrado por él. Así que nunca correría ese peligro.

El herrero reía de buena gana.

—En serio... Me preocupa que Rison vea este animal. Se comenta que trajo del otro lado de la frontera algunos animales que por no querer venderlos, ordenó a sus hombres que los trajeran.

—Eso es ser cuatrero. Y se castiga con la cuerda.

—¡A él no le pasaría nada...!

—Las autoridades están a su servicio, ¿verdad?

—No diría tanto, pero no se enfrentan a él...

—Comprendo... Pero si se llevan este caballo se escaparía a los pocos minutos y posiblemente después de haber matado a uno o dos vaqueros. Si decide marchar que no traten de impedirlo. En fin, esperemos que no haya contrariedades por él.

—¿Vas a estar muchos días en esta ciudad?

—Pues no lo sé. No lo he decidido aún. He visto demasiado número de *saloons* en el recorrido que he hecho desde que entré en la ciudad hasta encontrar este taller. Venía dispuesto a descansar una temporada, pero no parece población adecuada para ello. Prefiero para descansar una población más modesta.

—Es que esta población está aumentando mucho... Las minas, el ganado y el embarque de reses... Todo ello suman muchos participantes. Vaqueros, mineros, conductores, empleados... Trabajadores... Sí. Está aumentando mucho. Desde la pelea del Corral O esto ha aumentado bastante. Y como es natural también aumenta el número de locales... —Y añadió—: ¿Qué quieres? ¿Herrar?

—Tiene una herradura medio desprendida. Y ha caminado muy mal algunas millas. No he podido arrancarla yo ya que habría caminado mucho mejor sin ella.

—Ahora se la arrancaremos y le pondremos una nueva.

—Yo le ayudaré. Y conste que no es que dude de su habilidad, es que me asusta porque no es de los más sociables con los extraños.

Cary dejó la maleta y el envoltorio con mantas, en el suelo.

—¡Hay que calzarle del todo! Este animal está gastando las primeras herraduras, ¿verdad? Tuvieron miedo al ponerlas. Por eso se le desprenden. Ahora quedará mucho mejor. Y ya me he fijado que lo llevas sin hierro alguno.

—No soy partidario de hacer sufrir a los animales. Y como no se hizo a la edad aconsejable, decidí no hacerlo. Me lo regalaron con dos años. Era un potro salvaje. Nos hemos peleado como no se puede hacer idea. Era una guerra abierta entre los dos. Y terminamos encariñados, después de un año de lucha. Me pasaba luchando con su tozudez hasta diez horas diarias. Terminaba agotado. Y debía pasarle lo mismo a él. Es curioso. Se peleaba conmigo, pero no permitía que se acercaran a él otras personas. Les atacaba con los dientes y las patas. Varias veces estuvieron para disparar sobre él. Y ahora, es como un perro de dócil. Y va tras de mí como si en realidad se tratara de un perro.

—Pero ¿te has dado cuenta de una dificultad?

—¿A qué se refiere? ¿A la falta de hierro?

—Desde luego. ¿Cómo puedes demostrar que es tuyo?

—No necesito demostrarlo. Es mío.

—¿Y si sale un ganadero diciendo que le robaron un caballo cuando era joven?

—Tendría su hierro, ¿no?

—Si dice que era un potrillo y estaba sin marcar aún...

—No es corriente dejar sin marcar a un potro por joven que sea. Cuando se es más joven es cuando se les puede marcar. No tema. Yo podré demostrar que me pertenece, aunque no tenga mi hierro. Y el que reclame no podrá demostrar nada y se expone a un serio disgusto.

—Aquí, el que me asusta, es Rison. Ese ganadero por hacerse con un caballo que le agrade, recurrirá a todo. Y como aquí las autoridades no se atreverán a enfrentarse a él...

—Que elija otro animal— dijo Cary, sonriendo.

Terminado el trabajo, pagó Cary su importe y dijo:

—¿Habrá algún hotel por aquí cerca?

—A unas ochenta yardas... El Choya. Es uno de los mejores de la ciudad.

—Es curioso el nombre.

—Es que a la dueña la llamaban así y entonces puso ese mismo nombre al hotel. Es una gran muchacha y una verdadera belleza. Le pusieron Choya porque es como el cactus de ese nombre... con unas espinas muy agudas. Y enfadada, es peligrosa... Aseguran que tiene ascendencia india. Cuando se enfada, sus insultos y juramentos, los hace en indio. En apache. Habla mejor en ese idioma que en el nuestro. Ha tenido serias complicaciones con los militares. Pero al final, decidieron que el hablar indio no suponía delito alguno. Y si tiene sangre india, parece que son millares los que están en esas condiciones. Es la muchacha más deseada y a veces la más odiada por su manera de hablar, pero en general es respetada y hasta yo diría que temida, porque temen que los indios tomaran represalias si le hacen daño.

—¿Y el caballo?

—Tiene establo el hotel..., pero no está vigilado. Tendrás que ponerle tú mismo el pienso.

—Prefiero un establo que esté vigilado.

—Hay algunos...

—¿No tiene usted establo?

—Pero no me atrevo... Me asusta que se encapriche Rison y se lo lleven de aquí.

—Las autoridades castigarían ese robo.

—No les harían nada.

—Bueno... Buscaré algún establo vigilado.

Y marchó en busca del hotel. Necesitaba descansar y dormir en una cómoda cama.

No tardó en encontrar lo que buscaba. Las referencias dadas por el herrero resultaron infalibles.

Dejó el animal en la puerta y entró en el hall, que le agradó porque había limpieza en lo que veía. Tenía una gran experiencia en hoteles que en la planta baja tenían un *saloon*. Eran muy parecidos y muchos hasta iguales en las distintas poblaciones del Oeste. Incluso los «habituales» parecían uniformados por el mismo sastre.

Cary sonreía al pensar en ellos, porque había sido uno más. Su rara habilidad con el naipe había recorrido barcos de placer, *saloons* elegantes y modestos locales. La extraña facultad que poseía en relación con el naipe, le permitía ganar lo que deseara, y ante la sorpresa de los que perdían, ya que

no se le podía culpar de ventajista, porque nunca hacía una sola trampa. Podían llamarle de todo, menos ventajista. Poner en duda su honestidad en el juego era un peligro de muerte para quien se atreviera a indicarlo.

No conocían el pasado y el origen de quien estaba considerado como el mejor jugador de los dos ríos y más tarde en muchos salones del Oeste. Consiguió con el naipe y sin el menor truco ni trampa una gran fortuna y le hacía gracia que esa fortuna hubiera salido de los bolsillos de los ventajistas.

En San Francisco, en un club muy elegante al que le llevó un amigo de la infancia y con el que más tarde estudió en la misma universidad, ganó treinta mil dólares en una sola noche.

El amigo estaba en manos de un usurero al que debía diez mil dólares que no veía medio de salir de esa enorme deuda, garantizada con un rancho que valía mucho más, pero que amenazaba el usurero con pedir al Banco subastara esa propiedad para poder cobrarse lo que le debía.

Confesó a Cary lo que le pasaba y Cary le dijo le llevara a ese club en el que ganaron todo lo que debía al usurero.

La partida en que Cary formó parte era como un espectáculo. Y las exclamaciones de sorpresa se repetían. Tomaban parte los mejores «puntos» en el póquer. Su fama era de imbatibles y al ser Cary el que estaba aumentando su resto en cada encuentro con esos imbatibles, la sorpresa era enorme. Y los curiosos aumentaban por minutos. La partida terminó a las cinco de la mañana y Cary ganaba treinta mil dólares en números redondos...

El amigo estaba asombrado. Y a las nueve de la mañana estaban los dos en casa del usurero para retirar el recibo que había firmado el amigo.

Para el usurero era una enorme sorpresa. Pero entregó el recibo y cobró.

El amigo no encontraba frases de gratitud y Cary le dijo:

—Me lo vas a agradecer con una promesa. ¡No juegues nunca más!

—Eso te lo juro. Puedes estar tranquilo...

—Atiende tu propiedad y no busques dinero fácil de esos ventajistas. Porque ésos a los que tú llamas caballeros con bienes lejos de aquí, no son más que vulgares ventajistas. No te vuelvas a dejar engañar.

—No pienso volver por ese club ni me sentaré nunca a jugar un dólar.

—Eso es lo que tienes que hacer.

Cary pensaba al entrar en el hotel, en aquel club de San Francisco que tenía en el hall una alfombra muy parecida.

Una muchacha muy bella le atendió:

—¿Habitación?

—En efecto. Es lo que busco.

—Pues ha tenido suerte... Y, desde luego, está en el mejor hotel de la ciudad.

—Lo celebro.

—¿Piensa estar algunos días?

—En realidad, no lo sé. Depende de ciertas circunstancias... Si hay habitación para mí, lo que me preocupa ahora es el caballo que tengo a la puerta.

—Tenemos establo, pero sin vigilante.

—Es extraño que un hotel así no tenga vigilante en el establo.

—Marchó el que había y ha quedado en venir otro..., pero de momento no lo hay.

—Espero encontrar alguno vigilado.

—Hay en la ciudad varios... ¿Qué pasa con su caballo...? ¿Es que ha de estar vigilado? ¿Va a tomar parte en una carrera?

—Es que me agrada que esté vigilado y no tener que ser el que le ponga de comer.

—Pues no hay vigilante...

—Ya lo ha dicho... Buscaré establo para el animal. Y no se enfade por ello.

—¿Por qué se ha enfadado...? —dijo una voz femenina a sus espaldas.

—Es que el caballo de este vaquero ha de ser especial. No quiere que esté sin vigilancia...

Cary sonreía, mirando a la muchacha.

—Bueno... Dos dólares diarios —añadió la muchacha—. ¿Qué adelanto entrega?

—Un momento... —dijo Sandra que era la dueña—. No hace falta adelanto alguno. Ya pagará cuando marche...

—Si es norma de la casa no me ofenderé por ello.

—Es que no lo cobramos nunca... Y son dos dólares si come en el hotel.

—Pues siempre es más cómodo. Iré a buscar la maleta, y el rollo con las mantas y el rifle.

Cary salió en busca de lo anunciado.

—¿Por qué pedías adelanto? —dijo Sandra a Laura, la empleada.

—Porque es un tipo que no me agrada... Un vaquero pagando dos dólares diarios... ¿Dónde habrá atracado...?

—¿Estás loca?

—Ya verás como el *Sheriff* lo averigua. Le mandaré recado...

—No es que estés loca. Es que estás enfadada con él porque sin duda no ha dicho nada de tu belleza, ¿verdad? Eso es lo que te ha dolido de él y por eso te has metido con su caballo...

—Ya verás como el *Sheriff* lo averigua y...

—¡Anda! Coge lo que tengas y te pagaré lo que se te deba, pero marcha. No te quiero un minuto más en esta casa.

—¡Vaya! ¿Es que la «reina» se ha enamorado del vaquero?

Las dos empleadas del *saloon* que estaban escuchando se miraron, asombradas. Pero Sandra demostró por qué le llamaban Choya. Sacó hasta la calle a Laura a base de golpes de puño en el rostro hasta que cayó sin conocimiento y sangrando por boca y nariz.

Unos que pasaban, ayudaron a Laura a levantarse y la llevaron a casa de un doctor que vivía muy cerca.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó.

—Parece que Sandra ha reñido con ella. Es la que le ha golpeado.

—¿Con qué le ha dado?

—Con los puños.

—Pues no hay duda que los tiene fuertes... ¡Cómo le ha dejado la nariz...! No tiene importancia, pero es alarmante por la sangre que sale.

Cuando recobró el conocimiento gritó:

—¡Mataré a esa ramera! Y al atracador le tendrán que castigar.

—¿De qué atracador hablas? —decía el doctor.

—Tiene que ser un atracador el que ha ido a pedir habitación... ¡Un vaquero en el Choya...! ¡Un atracador! Eso es lo que es.

# CAPITULO II

Había sido admitida en otro local, porque como llevaba tiempo en el Choya esperaban que llevara clientes de allí.

Y Cary encontró establo, al fin. Y después de dejar el caballo, dio un paseo por el pueblo. No había sorpresa alguna para él. Era una población más de las muchas que conocía. Y el número de *saloons* indicaba que había movimiento de dinero.

Regresó al hotel y Sandra le preguntó si había paseado y qué le parecía la ciudad.

—Había oído hablar de esta población. Y es una más entre las infinitas como ella en el vasto Oeste. ¿Qué pasó con la empleada?

—Ya está en otro local. Es una muchacha que vale, no sé qué le ha pasado, aunque sospecho que lo que le ha disgustado es que no le haya dicho nada sobre su belleza como lo hacen todos al hablar con ella.

—Pues es cierto que no se me ocurrió decirle nada. Estaba preocupado por mi caballo.

—Y por eso ella habló así de su animal. Le disgustaba que fuera más importante para usted su caballo que la belleza de ella.

—Esa muchacha no tiene nada de buena...

—Ya lo he visto. Estaba equivocado con ella. Estará diciendo disparates de mí. Me llamó «reina» y que me había enamorado de usted... No sabía lo que hablaba. Quería llamar al *Sheriff* para que le interrogara...

—No debió hacerle caso.

—No me gusta lo que hacía. No había razón alguna... Decía que no le gustaba usted, pero eso carecería de importancia, no siempre nos agradan todos los huéspedes. Se excedió en lo que decía. Y lo que estará diciendo en el *saloon* en que se ha colocado...

—No sé la habitación que me había señalado ella.

—Ahora le indicarán la que es —y pidió a una de las empleadas que le llevara a la número ocho.

Pocos minutos más tarde bajaba para entrar en el *saloon* que había en la planta baja. Y mientras bebía, estaba diciendo a Sandra que ayudaba al *barman* que le había indicado ese hotel el herrero.

—Es una buena persona Buck... Y nos estima de veras.

—Eso es indudable... Aunque decía que enfadada era peligrosa y ya he visto como golpeaba a esa otra...

—Bueno... Es posible que cuando me enfado, pierda algo los estribos. Pero tienen que provocarme...

—¿Es cierto que jura y maldice en indio?

—¿También le ha dicho eso? Es cierto. No lo puedo remediar. Si me enfado sale espontáneamente la india que hay dentro de mí... Creo que soy descendiente de ellos. Y como me he criado muy cerca de ellos, hablo mejor en apache y de esa rama en chiricahua que en este idioma. Sé que me llaman en la población La India. Si creen que con eso me ofenden, están muy equivocados. Son bastante mejores que ellos. ¡Les están engañando hace más de un siglo y les han robado sus tierras!

Iba a retirarse de Cary cuando éste le habló en indio y se volvió con rapidez y con una amplia sonrisa respondió en el mismo idioma.

—¡Esto sí que es una gran alegría! Y qué sorpresa más agradable.

Los dos hablaban en voz baja. Cary decía que siempre que estuvieran solos se hablaría en ese idioma. El rostro de Sandra estaba radiante de satisfacción. Era la primera vez que un huésped le hablaba en indio con la claridad y seguridad que Cary empleaba al hablar.

La entrada de un grupo de vaqueros hizo que la muchacha se alejara de Cary para atender, en ayuda al *barman* a los clientes.

—¡Sandra...! —dijo uno—. No te enfades conmigo. Es que éstos me han jugado diez dólares a que no rompo el gollete de seis botellas.

—¡No es necesario que dispares! Yo digo que sí eres capaz de hacerlo.

—Lo tengo que hacer. Lo han puesto en duda y debo hacerlo.

—Y yo repito que no debes hacerlo. Les aseguro a estos otros que lo has hecho muchas veces, pero no debes romperme las botellas y marchar. Además me rompes el espejo que hay bajo las botellas. Si todos saben que eres uno de los mejores tiradores que hay por aquí. No necesitas demostrarlo una vez más. La culpa es de las autoridades que te dejan hacer todo lo que quieres. Y tu patrón que no te llama la atención. Estás abusando porque te has engreído.

—Te iba a pagar el importe de las botellas, pero por haber hablado así, no pagaré nada.

—¡Maxwell...! ¿A qué esperas? Estamos esperando a ver que eres capaz de hacerlo. ¡Queremos verlo!

—Deja de presumir ya... ¡Nada de romper botellas!

—Estás oyendo que ponen en duda que sea capaz de hacerlo.

—¿No estoy afirmando yo que eres capaz de ello? Lo estoy diciendo varias veces.

—Tenemos que verlo —dijo uno.

Y Maxwell disparó seis veces y los cuellos de seis botellas desaparecieron.

Los acompañantes de Maxwell aplaudieron entusiasmados.

—Son dieciocho dólares, Maxwell —dijo Sandra muy serena y tranquila—. A tres dólares cada una.

—No voy a pagar nada.

—Vaya... No puede llegar con más oportunidad, *sheriff*. Puede pasar —decía Sandra y Cary vio que era el *sheriff* quien entraba en efecto.

—¿Qué pasa? He oído disparos.

—¿Cuántas veces me he quejado a usted de que Maxwell hace exhibiciones en este local rompiendo botellas y el espejo?

—Bueno... Mujer, ya sabes que les agrada bromear.

—¿Sin abonar los daños que hacen? ¿Es eso lo que dice el *Sheriff*? ¿Para qué limpia tanto esa estrella? Es la mente lo que debiera limpiar así.

—¿Por qué no dices al *Sheriff* que te has enamorado de un vaquero y como dice Laura tal vez se trate de un atracador? Debes decírselo al *Sheriff*.

—Es cierto que Laura me lo ha dicho a mí también —dijo el *Sheriff*— y me ha sorprendido mucho. Parecía una muchacha muy fría. Y enamorarse así, de repente...

Los clientes miraban a Cary que sonreía.

—Yo me pregunto quién será ese forastero y qué es lo que vendrá buscando a esta ciudad —añadió Maxwell—. Lo que me habría agradado que viera lo que acabo de hacer.

—¡*Sheriff*! —dijo Cary sonriendo—. ¿Qué le pasa? ¿Es que no se atreve a cumplir con su deber? Tiene miedo a este que acaba de hacer esa exhibición de niño... ¿No suelen pagar en esta tierra los destrozos que se hacen por capricho? Ya ha oído que son dieciocho dólares lo que valen las botellas rotas. Y me pregunto como la dueña, por qué lleva esa placa tan limpia si no es digno de llevarla en el pecho.

—¿Estáis oyendo? No hay duda que sabe defender a su amor...

Corrían los clientes hacia los lados y Maxwell tenía las armas en el suelo porque había sido rota la hebilla que sujetaba el cinturón y Cary tenía

un «Colt» en cada mano.

—¡Novato...! Son dieciocho dólares... —decía Cary—. Así que te agradaría que yo viera lo que acabas de hacer. ¿Es que presumes de saber tirar? *Barman*, baje esas botellas. Las va a pagar este valiente, ¿verdad?

—Sí... Sí... Pagaré... Pensaba hacerlo... Era una broma.

El *barman* bajó las botellas rotas.

Maxwell lo hizo tan mal que miró a sus compañeros cuando buscaba el dinero para pagar lo que le estaban pidiendo y tardó para tener distraído a Cary, pero éste disparó dos veces y dos de los acompañantes de Maxwell cayeron sin vida.

—Fíjese, *Sheriff*. Vea esas manos.

—No hay duda que iban a disparar sobre ti.

—¿He hecho bien?

—No hay duda. Ellos iban a disparar.

—Porque este cobarde les hizo seña para que actuaran.

—¡No...! ¡No...! —gritaba aterrado Maxwell.

—Lo he visto yo... *Sheriff*... Es usted un cobarde que no puede llevar esa placa. Ya se la está quitando. Y cuidado. No disparo tan bien, pero es posible que no falle si intentara una tontería.

Obedeció en el acto.

—¿Verdad que no quiere seguir de *Sheriff*?

—No... No quiero seguir.

—¿Lo han oído todos? El *Sheriff* dimite voluntariamente. No quiere seguir de *Sheriff*. No hay duda que es un gran cobarde. No se atrevía a obligar a ese cobarde a que pagara lo que valen las botellas rotas. Deja esas botellas. ¡Vamos cada uno de los tres...! ¡A beber! Usted también, *Sheriff*. Seis minutos para beber todo el líquido que queda en la botella.

Ante el temor de los disparan acabaron la botella antes de tiempo.

—Ahora la otra.

Pero ninguno de los tres pudieron terminar la segunda botella. Cayeron desvanecidos.

Los que salían del local iban comentando lo que presenciaron.

—Les está bien empleado. Han entrado dispuestos a abusar y a destrozar el local de Sandra.

—Vaya conflicto que ha creado la tontería de molestar a Sandra.

—Es la obra de Laura. Está hablando muy mal de Sandra y del forastero.

Los tres embriagados fueron llevados a casa de los doctores que al saber lo que pasaba les atendieron aunque diciendo que estaban graves.

—Es una enorme intoxicación —decía uno de los médicos—. Bebida a esa velocidad...

—El *Sheriff* no se atrevía a enfrentarse a Maxwell que ha estado abusando lo que quería por esos disparos a las botellas, pero siempre en casa de Sandra.

—Es Adams el que no estima a la muchacha.

—Ha debido ser Laura la que ha envenenado a Maxwell.

—Presumía de ser el mejor tirador. Ese tan alto sí que sabe disparar. Le rompió la hebilla sin herirle. No sé como no le ha matado.

—Quería hacerle beber de las botellas que ha roto.

—Y que ha tenido que pagar después de tanto decir que no lo hacía.

—Pues cuando Maxwell esté en condiciones...

—No se atreverá a enfrentarse a ese tan alto. Hay que ver con qué facilidad mató a esos dos que le iban a traicionar. Y los dos con el mismo disparo en la frente.

—No... No se enfrentará a él. Tenía engañados a todos.

Sandra decía a Cary:

—Te has enfrentado a lo peor que hay en esta región. No creas que Adams cuando sepa lo que ha pasado a su pistolero preferido y a esos dos vaqueros que han muerto se va a quedar tranquilo. Mandará que venga un grupo numeroso. Es lo que hace siempre.

—No pasará nada.

—Yo conozco a esos hombres.

En el local en que estaba Laura, el dueño al conocer lo sucedido dijo:

—¿Estás contenta? ¿Es eso lo que pediste a Maxwell? Dos muertos y tres medio moribundos por la bebida. ¡Eso es lo que has conseguido!

—Calla... ¡Son unos tontos! Han debido destrozar primero el local y luego colgarle. Pero lo han hecho mal. Y esa ramera se ha librado...

—Anda... Lárgate de aquí —decía el dueño—. ¿Es que vales tú las muertes que ha habido? Claro que así que se den cuenta que eres la culpable vendrán a buscarte para dejarte colgando.

—Ya verás cuando Maxwell se ponga bueno... Va a dejar este local como un desierto.

Para huir del dueño que quería golpear a Laura, ésta salió a la calle. Decidió ir al rancho de Adams. Consiguió que un vaquero la llevara en el

mismo caballo a la grupa. Y una vez en el rancho estuvo hablando bastante tiempo con Adams.

Adams llamó al capataz y le dijo en el comedor:

—Quiero que el local de Sandra quede sin que se pueda utilizar nada. Y me traéis a ella y a ese forastero que ha matado a dos vaqueros de este rancho para colgarles aquí a los dos. Llévate los hombres que sean necesarios. Ya sabes, el local ha de quedar como si hubiera pasado un ciclón. Y traéis bien amarrados a los dos. Quiero col— garles en las ramas de esa acacia —y señaló el árbol al que se refería.

Una de las indias que trabajaban en la casa, como querían mucho a Sandra que estaba considerada como India también, escapó demostrando ser un buen jinete y conocedora de caminos difíciles pero que acortaban la distancia en tres millas, llegó al pueblo y dijo a Sandra lo que estaban proyectando.

Cary que estaba oyendo, dijo:

—Ya estás haciendo salir a todos. Hay que cerrar el local en pocos minutos.

—Vendrán al ser de noche para sorprendernos mejor.

Las empleadas y Sandra dieron palmadas y presionaron para que marcharan los clientes en el menos tiempo posible. Y cerraron las puertas y ventanas.

Las empleadas se fueron a sus habitaciones para meterse en la cama.

—¿Tienes algún rifle...? —dijo Cary a Sandra.

—Ha de haber tres en la casa. En mi habitación tengo uno que es muy bueno y está cargado. Y no temas. Sé disparar con él.

—Sabes cuál es la idea que traen. Quieren colgarnos a los dos en el rancho de Adams.

—No te preocupes. No dejaremos escapar a ninguno de los que vengan a buscarnos para ser llevados bien amarrados.

—Cuando llegue el momento, primero a los caballos para que no puedan escapar. Tratarán de hacerlo corriendo. El plomo ha de ser más rápido que ellos.

—Seguramente desmontarán para llamar y hacer que abráis.

—Esperemos a ver qué es lo que pasa.

Los clientes marchaban intrigados por hacerles salir a una hora que no era habitual para cerrar el local. Y lo que les sorprendía era que cerraran la puerta del hotel ya que por ella podrían entrar en el *saloon*.

Como habían supuesto, los jinetes, doce en total, llegaron ya de noche. Y se quedaron paralizados al ver que estaba cerrado el local.

—Han cerrado, Lenny... —decía un jinete.

—Pero no van a evitar que destrocemos el local como ha dicho el patrón y en vez de llevarles amarrados, les llevaremos muertos. ¡Así que se vea a los dos se dispara sobre ellos y se dice al patrón que hemos tenido que matarles!

—Pero con esto cerrado...

—Ya veréis qué pronto salen. Hay que buscar petróleo. El fuego y el humo les hará salir y como en la caza, cuando aparezcan, plomo sobre ellos...

Los que estaban a la puerta del local inmediato estaban oyendo lo que hablaban, como lo oían Sandra y Cary. En voz baja se distribuyeron las víctimas y cuando uno iba en busca de petróleo se inició el tiroteo.

Los que estaban a la puerta del otro local se metieron en el interior mismo, pero oían el tiroteo que continuaba.

—Me parece que no van a conseguir llevar a Sandra y a ese forastero. Se han sabido defender. ¡Vaya manera de disparar! —decía uno—. No creo que se haya salvado uno.

—Creo que el capataz ha conseguido subir a un caballo, pero debe ir muy herido. Le ha costado mucho montar.

—Vaya sorpresa para Adams si ha sido el que les envió a por esos dos.

—Dos que le van a buscar a él, porque han debido escuchar, como nosotros las órdenes que daba Lenny... Eran terminantes. Incendiar el local para hacer salir a los dos y en el momento de salir de la casa, disparar sobre ellos y llevarles muertos ya al rancho para complacer a su patrón.

—Sí. Me parece que Adams se ha creado un enemigo muy peligroso, porque hemos visto que no han titubeado en el manejo del rifle. Y que lo han hecho con una eficacia verdaderamente trágica. No hay más que asomarse y ver los cuerpos que hay sobre el suelo y que hace unos minutos estaban llenos de vida.

—Pues no creas que se va a someter...

—¿Le quedan más hombres que sacrificar? ¿Querrán ser sacrificados...?

—Han sido dos quiebras. La del pistolero y la de estos que venían dispuestos a matar. Pero lo curioso es que dicen que Laura, la que habló del forastero está en el rancho de Adams.

—Entonces, es ella la que ha envenenado a Adams porque los dos odian a la muchacha.

—Os advierto que Sandra enfadada es algo muy serio. Y no se os ha ocurrido pensar que si ella pide ayuda a las montañas, no sabemos qué pasaría.

—No lo haría nunca. Tendrían que hacerle demasiadas cosas para que ella recurriera a esa ayuda.

En el rancho de Adams, éste hablaba con Laura.

—Vas a tener la satisfacción de ver a Sandra y al forastero colgando de aquella acacia. Se ha atrevido a matar hombres de mi equipo y de poner al borde de la muerte a McCroy aunque si le hubiera matado a ese tonto, no me habría molestado.

—No sabes lo que voy a disfrutar cuando vea a los dos amarrados.

—¿De qué estáis hablando? —dijo la hija de Adams, Belinda—. ¿Es que te vas a casar con esta ramera...? ¿Qué has ordenado a Lenny? ¡Tienes que estar loco!

—¿Es que no puedo casarme si quiero?

—Y yo no me disgustaré. Te equivocas si esperabas darme un disgusto por ello. Y si lo hicieras con ésta, me duraría la risa varios años.

# CAPITULO III

—Viene un jinete —dijo Laura— pero uno solo.

—Vendrán a dar cuenta que traen amarrados a Sandra y al forastero. Vas a gozar con el martirio de la muchacha que odias y del forastero.

—Sois dos enfermos mentales. ¡Qué gran pareja hacéis!

—¡Es Lenny...! —dijo Laura—. Y viene herido... ¡No es posible...! ¡Han fallado...! ¡Vaya equipo que tienes...! Y decías que se hacían temer.

Belinda se quedó en espera que llegara el jinete, pero antes de llegar a la vivienda cayó del caballo y fueron corriendo Laura y Adams.

—¿Qué ha pasado? —decía Adams nervioso.

—Un desastre y una tragedia. Han muerto todos...

—¡Estúpido tonto! ¡Torpe! Os habéis dejado sorprender.

—Estaba cerrado el local y le íbamos a prender fuego para que salieran esos dos, pero con rifles no nos dejaron escapar... Todos los demás están muertos...

—¿Por qué no te han matado a ti que eres el más torpe?

—¡Qué cobarde eres, papá! ¡Eres un asesino! Hay que curar a este hombre.

—¡Deja que muera como lo que es, un cobarde!

Llamó Belinda a las indias y metieron a Lenny en la casa.

—Habrá que ir a por un doctor. Ha de estar grave. Tiene varias heridas. Yo iré a por él.

Adams entró en la casa y a los pocos minutos se oyó un disparo.

Aterrada corrió a la habitación de Lenny.

—¡Le has asesinado estando herido...! —decía la muchacha.

—Ha querido disparar sobre mí.

Adams abandonó el dormitorio. Y Belinda buscó en la cama, el arma con el que su padre decía que había querido disparar Lenny sobre él. Y no encontró nada.

Era demasiado horrible para admitirlo como real. Y la muchacha fue a abrazar a una de las indias.

—¡Espantoso...! —decía—. ¡Monstruoso! ¡Es un monstruo mi padre! ¡No perdona el fracaso de lo que espera él! Quería colgar a Sandra y a ese

forastero a quien no conozco. Y todo por esa ramera.

Adams regresó a la habitación en que estaba Lenny y colocó el «Colt» del capataz sobre la cama y sacó un brazo para dar la sensación que iba a disparar.

Llamó a los vaqueros que habían oído el disparo y les llevó para que vieran como el muerto tenía el «Colt» en la mano. Pero Laura le dijo:

—Tu hija ha estado aquí... Y ha visto que no tenía ningún «Colt». Se te adelantó.

—¡No es posible!

—La he visto yo, porque entré tras de ella. Estuvo buscando el «Colt» bajo la ropa. Sabe que le has asesinado.

—¡No le asesiné...! Iba a disparar sobre mí.

Laura se asustó y no añadió una palabra.

Los vaqueros creyeron que era verdad que Lenny trató de disparar sobre el amo.

Cuando Belinda oyó a los vaqueros volvió a ver a Lenny y salió llorando. ¡Qué cinismo el de su padre!, era lo que pensaba. Pero ella sabía que le había asesinado. Y lo hizo por haber fracasado.

Belinda estuvo paseando por el campo toda la noche. Sabía que no podría dormir.

Por la mañana entró para meterse en cama. Estaba el sepulturero para dar cuenta a su padre de los muertos que había en la funeraria pertenecientes a su equipo.

—¿Quién les ha matado?

—¡Usted! —dijo el sepulturero con gran valor—. Les oyeron hablar con las armas en la mano. Cumplían órdenes de su patrón para matar a Sandra y al forastero. Iban a incendiar la casa para hacerles salir y disparar sobre ellos así que aparecieran. Como quería hacerse oír de los once jinetes, hablaba alto y fueron muchos los que le oyeron. También lo oyeron el forastero y Sandra, que al oírlo y al ver que tenían las armas empuñadas, dispararon sobre ellos. El que falta es el capataz que le vieron subir a un caballo con dificultad. Debía estar herido.

—Ha querido disparar sobre mí y le he matado.

—¿Le ha matado estando tan herido...?

—Me iba a matar él a mí. Los muchachos han visto que tenía el «Colt» en la mano.

Laura estaba muy asustada. Había visto al hombre más cruel de la Tierra. Y tenía miedo que por saber ella que asesinó al herido, pudiera matarla para que nunca pudiera decir lo que había visto.

Cuando marchó el de la funeraria y se llevó en un carro a Lenny, Adams dijo a Laura:

—No temas... Vas a vivir como una reina. Y como me hace falta una mujer, nos vamos a casar.

Estas palabras le quitaron todo el miedo que tenía y su enorme ambición le hacía sonreír de felicidad. Se presentaría a las amigas y compañeras para que la envidiaran.

—No me engañas, ¿verdad?

—¿Por qué habría de engañarte? Ya ves que hace falta una mujer en esta casa. Mi hija no quiere nada conmigo por ese tonto de Ike. Pero se casará con Blue...

—Es más viejo que Ike...

—Pero será más feliz con él. George tiene una gran fortuna. Y al tonto de Ike le queda un puñado de reses.

—¿Cuándo nos casaremos?

—Iremos preparando las cosas sin demasiada prisa.

Para Laura era signo de realidad el que le mandara sentarse a comer en la mesa. Pero cuando apareció Belinda y vio que estaba sentada Laura, dio media vuelta. No hizo caso a las llamadas enérgicas de su padre.

Llamó Adams a las indias y les dijo que su hija si no se sentaba a la mesa no comería.

Llegó la noche y Belinda no había regresado a la casa. Su padre preguntó por ella. Y la respuesta fue que no sabían dónde estaba.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, ya estaba Laura sentada en la mesa. Y se presentó Blue que dijo:

—Creo que llego a tiempo de desayunar.

—Desde luego... —dijo Adams riendo.

—¿Y Belinda, no se ha levantado aún?

—No.

—¡Blue...! ¿Sabes que he decidido casarme con Laura?

—¿Crees que haces bien...?

—Desde luego. ¡Y está firmemente decidido!

—¿Lo sabe Belinda?

—Lo sabrá así que venga a desayunar.

—¿Qué pasó que has perdido tantos vaqueros? ¿Sabes que en el pueblo te culpan de esa matanza? Y te aconsejo que en unos días no aparezcas por allí. Por eso he venido tan temprano. Los ánimos están muy excitados. Y creo sería muy conveniente que te alejaras de la zona una temporada. Hay quienes piden venir a castigarte aquí. Sobre todo Sandra está muy furiosa...

—Pero si no tengo culpa...

—Fueron muchos los que oyeron a Lenny dar instrucciones y hablaba que eran órdenes tuyas. Teníais que llevar a los dos para colgarles aquí, pero Lenny dijo que era preferible llevarles muertos ya. No vas a engañar a nadie. Y así que te vean te van a acribillar con plomo. ¡Marcha una temporada!

—Podemos ir a Tucson o pasar a México —dijo Laura.

—¡Calla...! —dijo Adams, Llamó a una de las indias y le dijo que llamara a Belinda.

—No ha dormido en la cama. No está en casa —dijo la india.

—¡Maldita muchacha...!

—No has sabido tratar a tu hija.

—Es mayor de edad. Mi autoridad ha terminado.

—Pues se le enseña que ha de vivir con respeto.

—¡Cuando venga, todo va a cambiar para ella!

—Se acabó el miedo al equipo de Adams. ¿Qué vaqueros te quedan?

—Cuatro. Pero volveremos a ser respetados.

—De momento lo que tienes que hacer, es marchar.

—No te preocupes. No pasará nada. ¿Es que no es suficiente los que han matado?

—Pero es a ti a quien culpan de esa matanza. Y el *Sheriff*, amigo tuyo sigue mal.

—Si no han venido ya no lo harán. Lo que haré es estar una temporada sin ir por el pueblo.

—¿Y qué se hace con lo de Ike?

—¿Se analizaron las muestras?

—Y no hay duda. Hay que hacer salir a ese muchacho del rancho. Se le hace una buena oferta.

—Sí. Y con ese dinero pensará en casarse con Belinda y marchar lejos.

—Pero Belinda no se casará con él —dijo Blue.

—En ese caso no venderá y matarle no es solución, porque los herederos no venderán tampoco si sospechan, la verdad y se hablará como pasa siempre.

—No pienses en casar a tu hija con ese tonto.

—Sabes que no quiere nada contigo.

—Eso no me importa. Yo sabré obligarle.

Laura pasó dos días dando órdenes y abusando de todos. Se comentaba que se iba a casar con el patrón. Era despótica y se reía de todos.

Adams había ido al rancho de Blue ante el temor de que fueran hasta el rancho a por él. Pero a los cinco días regresó. Estaba confiado en que ya no se acordaban de los muertos. Pero pensaba que los que no habían olvidado eran Sandra y Cary.

Estos, esperaban con tranquilidad. Sabían que habría de ir al pueblo y entonces sería el momento de hablar con él. Aunque sabían que estaba negando que hubiera dado instrucciones algunas referentes a ellos dos. Y al fin iba tomando cuerpo el que hubiera sido Laura la que habló con el capataz y le dijo en nombre de Adams lo que ella deseaba. Esto era lo que se empezaba a contar en la población y como también era lógico, se iban olvidando un poco de Adams.

—Te advierto que Laura es muy capaz de haber hablarlo a Lenny en esa forma —decía Sandra a Cary—. ¡Es muy mala y nos ha de odiar a los dos de una manera Intensa, aunque no tenga razón alguna!

—¿Será verdad que se va a casar con el padre de Belinda?

—Adams lo hará por disgustar a Belinda. Pero me parece que a ella no le importa. Sabe que ella es una coqueta incurable y una ramera. Y así que le engañe con mi vaquero y lo hará, es capaz de matarla.

—Me parece que esa boda me huele a chantaje. A extorsión. Esa muchacha ha de saber algo que le tiene en mis manos.

—No. Si fuera así, ya habría tenido un accidente la muchacha. No es de los que se dejan chantajear.

—¿Sabes algo de Belinda?

—Fue al juzgado del condado. A Tucson. No le agrada que esa ramera pueda entrar en la habitación que ocupaba su madre y dónde murió.

—¿Qué es lo que decidió al fin?

—Hacer salir a su padre y a ella de ese rancho. Le pertenece solo a ella.

—¡Buena sorpresa va a ser para los dos!

—Más para Laura, porque así que sepa que no tiene nada, se enfriará su ilusión con la boda.

—Saldrá a todo correr del rancho. El peligro está en Adams.

—No hay más que obedecer las órdenes del juzgado.

—No hay *Sheriff* que le comunique la orden.

—Pueden hacerlo desde Tucson, viniendo el *Sheriff* de allí.

Al otro día de esta conversación, se presentó Belinda ni el hotel. Tenía una habitación reservada.

—¿Qué has hecho? ¿Sabes que están hablando de la boda inminente entre tu padre y Laura?

—¿Es posible?

—Me alegraría que se casaran antes de que le echen a mi padre del rancho.

—¿Lo van a hacer?

—Las autoridades del condado.

En el rancho, uno de los vaqueros dijo que había visto a Belinda entrar en el hotel de Sandra.

—Habrá ido a ver a los parientes que tiene por partí de la madre. Vas a volver al pueblo y dices a Belinda que le ordeno que vaya a casa. Se lo dices así. Que se lo ordeno.

El vaquero, obediente, se presentó en el hotel cuando la muchacha estaba comiendo con Belinda y con Cary.

—Belinda —dijo el vaquero—. Me envía tu padre con la orden de que vayas al rancho.

—Dile que iré dentro de unos días. Cuando esa ramera no esté en el rancho.

—Se van a casar.

—No importa. Dentro de unos días no estará ella en el rancho.

—Se va a enfadar tu padre.

—No te preocupes. Ya se le pasará el enfado.

—Yo creo que debías ir aunque te vuelvas a este hotel.

—No insistas. No voy a ir. ¿Suele ir míster Blue?

—Todos los días. Tu padre estuvo algunos en el rancho de ese ganadero.

Convencido el vaquero de que no iba a ir, fue a dar cuenta de esta negativa.

—Tu hija se ríe de ti. No te hace caso —dijo Laura.

—Es que es mayor de edad y no puedo obligarle a que me obedezca.

—Es que se ríe de ti. Si yo pudiera... Pero cuando sea tu esposa, ya verás cómo me obedece a mí.

Adams se echó a reír.

—Te llevaría arrastrando por el rancho. ¡No conoces a Belinda enfadada!

—Ni ella me conoce a mí...

Blue estaba en un *saloon* que le pertenecía, ya que era uno de sus negocios y comentaron que habían visto a la hija de Adams entrar en el hotel.

—Y lo hacía con ese forastero tan alto que castigó al de las botellas.

—Tuvo gracia aquel castigo. No creo que se le ocurra otra vez romper botellas.

—A poco se mueren los tres. Y el *Sheriff* sigue enfermo todavía.

—Si dimitió, no debían respetarle la placa.

—Pero dicen que lo hizo porque le apuntaban unas armas.

—Iré a visitar a Belinda.

—Se resiste aún, ¿no es verdad?

—Ya cederá... —dijo riendo.

Preguntó en el hotel por ella, pero al saber quién era el visitante, mandó a decir que no se encontraba bien y rogaba le perdonara.

Era Blue un volcán por dentro. Y marchó a decir a Adams que iban a tratar a su hija como merecía.

—Me he cansado ya... —dijo.

—Has debido tratarle como merecía.

—Te aseguro que lo van a hacer.

Cary estaba aconsejando a Belinda que se alejara de allí mientras las autoridades de Tucson hacían salir a su padre del rancho. Y Sandra le indicó en el rancho en que podía estar bien y segura. Se trataba de un rancho que había en la montaña.

—Es que si estás aquí cuando lleguen de Tucson —decía Cary— tu padre se presentará ante ti y como es tu padre, aunque sabes perfectamente lo que es y estás muy asustada, tal vez por eso, te ablandarías y les dejarías a los dos quedar en el rancho. No lo espero, pero podría ser. Y así, estando lejos no podrá verte.

—No creas que me iba a ablandar. Ha conseguido un equipo que era una vergüenza. Había reclutado todo lo peor. Y le agradaba que les

temieran. Ese pistolero de McCroy gozaba haciendo exhibiciones sobre las botellas a los locales. Y los otros alardeaban por la menor tontería. Estaba cansada... Y ahora lo que mandó hacer era un doble crimen. Y puede estar seguro que fue él quien dijo a Lenny lo que tenían que hacer.

—Como tú sabes que asesinó a Lenny por haber fracasado y sin tener en cuenta que estaba gravemente herido.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? Es cierto que le mató él —y explicó como ella buscó el «Colt» de Lenny y más tarde cuando llevó a los vaqueros había un revólver sobre la cama que empuñaba la mano del muerto—. No tiene sentimientos y es lo que me asusta de él. Es cruel. ¡Inhumano! Esa muchacha sabe que asesinó a Lenny porque fue detrás de mí y me vio buscar el arma que hacía falta para que lo que decía mi padre fuere verdad.

—Por eso ha dicho que se va a casar con ella. Porque ella sabe lo de ese asesinato, Pero si es así, esa muchacha no llegará a casarse. Tendrá un accidente. No querrá un testigo tan peligroso. Sospecho que esa muchacha va a vivir poco.

—¿Crees que la matará?

—Es lo que temo porque sabe que ella puede mandarlo a la horca si habla. Y no me parece que sea hombre capaz de vivir con esa pesadilla.

—¿Crees que se casará con ella?

—Cuando lleguen los de Tucson será ella la que no quiera saber nada de la boda.

Brenda acompañó a Belinda hasta el rancho de eso amigos de ella. Tenía ovejas como ganado. Y estaban contentos porque les daba más rendimiento con meno empleados. Vendían cada año una buena partida de corderos. Y con su importe hasta hacían ahorros después de cubrir las necesidades.

Brenda prometió ir a por ella cuando se hubiera arreglado.

Como Belinda era una entusiasta del campo, quedó tranquila.

# CAPITULO IV

Blue, invitado a comer, estaba sentado con Laura y con Adams.

—Belinda no está en el hotel —dijo Blue—. Me lo ha dicho una de las empleadas. Marchó hace tres días. Parece que no piensa volver por aquí.

—No creo que me pase nada. Cuando llegue al hotel seré yo el que vaya a por ella.

—¿Cuándo empezamos a preparar lo de la boda? —dijo Laura.

—Tienes razón. Has de pedir a tu pueblo la partida de nacimiento. Yo tengo lo mío preparado.

Una de las indias entró para decir que había unos visitantes que querían hablar con el dueño de la casa.

Blue conoció a uno de ellos. Era el secretario del juzgado. Y el otro, a quien no conocía, le vio la estrella de *Sheriff* en su pecho.

—Soy el *Sheriff* de Tucson. Y traigo una orden para usted.

—¿Para mí...? —dijo Adams sonriendo—. ¿De Tucson?

—Del juez del condado. Aquí está la orden. Debe abandonar este rancho cuarenta y ocho horas después de la entrega de esta orden.

—¿De este rancho...? —decía Blue sorprendido.

—Es que el rancho pertenece solamente a la hija de míster Harkman. Belinda. Y quiere que el rancho quede libre en el plazo que antes he indicado. Bien entendido que si no lo hiciera, los militares se encargarían de detenerle.

—Así que este rancho es de tu hija. ¡No tienes nada aquí! Por eso la muchacha hablaba en la forma en que lo hacía.

—Tiene que firmar el acuse de recibo de este documento —decía el *Sheriff*.

—¡No firmo nada!

—Tiene que hacerlo. No sea tonto. ¡Pediré ayuda a los militares y le llevarán al fuerte!

—No puede hacerme esto mi hija. He de hablar con ella. Tiene que rectificar.

—No lo hará. La firma es definitiva. Quiere que abandone usted el rancho.

—Díganle que esta ramera no seguirá en el rancho...

—Pues claro que no seguiré. Y se quería casar conmigo. ¡Un viejo sin nada suyo...!

Como una fiera atacó Adams a Laura. Fue contenido por el *Sheriff*. Y Laura salió del comedor y corrió en busca de un caballo. Ya mandaría a por sus cosas. No quería quedarse a solas con Adams. Tenía miedo a que le matara porque quedaba diciendo que la culpa era de ella.

—Mi hija no haría esto de no haber visto a esta ramera en la casa.

—No ha debido tenerla si sabía que podía ocurrir esto.

—No me acordaba que el rancho es de ella.

—Y trataste de obligar a Belinda a que tolerara a esa ramera en la mesa.

—Sí. Ha sido una torpeza. Pero cuando sepa que ha marchado todo cambiará.

—No creo que su hija cambie en este sentido. Por le menos es lo que dijo cuando estuvo en Tucson.

—¿Ha estado allí?

—Fue al juzgado y es el que da esta orden que acabo de entregarle.

—No pienso salir en ese plazo ni en otro más largo

—Lo siento, amigo —dijo el *Sheriff* con el «Colt» en la mano—. Levante las dos manos y dese vuelta.

Cuando se sintió desarmado se asustó. No esperaba una reacción así del *Sheriff*.

—No es necesario que le detenga —dijo Blue—. Se marchará de aquí dentro de ese plazo.

—Pero sin tocar una sola res. Así que será mejor venga con nosotros al pueblo.

De nada sirvió que insistiera Blue y que respondiera por él.

Laura había llegado al pueblo y dio cuenta de lo que pasaba. En el *saloon* en que entró, decía a la dueña y a las empleadas:

—Decía que se iba a casar conmigo. Y resulta que no tiene nada. El rancho es de la muchacha. Y le hace salir de allí...

—Estabas tan contenta, ¿no?

—Puedes imaginarlo. Creí que era el dueño.

—Ya hemos sabido que estos días como te ibas a casar con el dueño te has portado muy dura con todos los que quedan del equipo.

—He tenido que soportar el sucio olor de las indias que cuidan la casa...

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Me iré lejos a trabajar. Tal vez a Silver City. Hay muchas minas y se mueve el dinero. No quiero quedarme por aquí. Le tengo mucho miedo.

—¿Por qué has hablado tan mal de Sandra? No has sido justa con ella.

—Fueron unos torpes los que vinieron del rancho. Se dejaron matar sin conseguir lo que les había encargado yo... Bueno. No creáis que... —se dio cuenta de lo que había dicho.

Trató de marchar enseguida, pero dos de las que le escuchaban se lanzaron sobre ella. A esas dos se les unieron las otras tres que trabajaban en el mismo local.

Cuando la llevaron a un doctor, estaba desconocida. Pero sus insultos eran espantosos.

Se informó media población y Sandra fue hasta la casa del doctor que la estaba curando. No dejó que terminara. Sacó arrastrando el cuerpo de Laura y con el lazo de un caballo, la colgó cerca de la casa del doctor.

Los que presenciaron ese hecho se miraban sorprendidos. No podían imaginar que tuviera la fuerza necesaria para colgar ella sola.

—¡Una, está castigada! —dijo Sandra—. Falta el otro. Algún día aparecerá por aquí.

Palabras que se comentaron en la oficina del *Sheriff*, donde tenían a Adams. Se asustó al saber que se refería Sandra a él. Y por ello, estaba deseando que le metieran en una celda donde se iba a considerar más seguro.

Pero el *Sheriff* de Tucson, le dijo que si volvía al rancho lo abandonase dentro del plazo dado. Y que no sacara una sola res.

Marchó al rancho de Blue.

—¿Sabes que Sandra ha sacado a Laura de casa del doctor y la ha colgado?

—Sí.

—Ha dicho que solo faltas tú... ¡Vas a tener que marchar lejos...!

—Sí... Marcharé a Benson con Lawson. No debéis olvidar lo de Ike.

—Yo me encargo de ello. Prometo haré que le ofrezcan una buena cifra por el rancho.

—Que no se queden cortos en ofrecer. Hay mucho dinero en ese rancho.

—Tal vez si se le destroza el rancho y la ganadería que tiene se une a la manada que pase por allí, admita el dinero que se le ofrezca.

—Es la idea que teníamos. ¿Cuándo quedó en volver Reydil?

—No tardará ya. Y desde luego llegará a través del rancho de Ike. Le quedará el rancho sin pastos y sin ganado porque las reses se unirán a las otras en plena marcha. Es lo que sucede cuando una manada numerosa pasa por un rancho. Y cuando se vea sin ganado y sin pastos ni dinero para reponer la ganadería aceptará lo que le ofrezcan por el rancho.

—Hay que mandarle aviso a Reydil.

—Quedó en entrar por ahí. No hay que decirle nada más.

Ike, el ganadero del que estaban hablando, al oír a uno de los tres vaqueros que tenía que Belinda había hecho abandonar el rancho a su padre, fue a verla. Y ella ion la enorme alegría que suponía esa visita le dijo:

—Nos vamos a casar. Ahora tenemos este rancho. El tuyo, se vende. Y el ganado se puede traer aquí.

—No, Belinda. No... No se vende aquel rancho. Me han ofrecido algunas cantidades ridículas por él. Pero aunque ofrezcan más, no se venderá. ¿Sabes por qué? Lo he descubierto por casualidad. Eran tu padre y ese tal Blue los que tenían interés en hacerme vender... Y se ha comentado que cuando regrese Reydil con ganado, le van a hacer pasar por mi rancho, para dejarle sin pastos y sin ganado. Hasta que no estén cerca no sacaremos el ganado y le dejamos que pase. Después, vendrán con una oferta tentadora...

—Pero, ¿por qué no quieres vender?

—He visto dónde han estado haciendo excavaciones. Y en el mismo sitio, he sacado una muestra. La han analizado. Y hay plata, de la buena y en cantidad. Esa es la razón por la que trataban de hacerme vender.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro. Así que les dejaremos que pasen por el rancho. Que destrocen los pastos..., pero sin llevarse una res, porque estarán aquí.

Los dos fueron al pueblo y hablaron con Cary y con Sandra.

—¡Un momento! —dijo Cary sonriendo—. Nada de dejar que pasen tranquilamente. Se mata a los vaqueros y a las reses que lleguen en cabeza a la salida de los cañones. Les va a costar mucho ganado porque se amontonarán y se van a matar al querer buscar salida. Se detiene la manada y se lleva a los ganaderos que se sabe son honrados para que vean que en

esa manada vendrá mucho ganado robado. Y se cuelga al ganadero que trae la manada. Porque se avisará a los propietarios de los hierros que figuren para saber si vendieron esas reses o les fueron robadas.

Ike sonreía y acabó por estar de acuerdo.

—Pero el ganado que tienes allí, lo traes al rancho de Belinda.

—Es lo que vamos a hacer —añadió Ike.

—Puedo ayudaros —dijo Cary.

—Te lo agradeceré... Sólo somos cuatro y para carear es difícil.

—También lo sé hacer —dijo Sandra.

—Y yo —añadió Belinda.

—Entonces, ya somos suficientes.

—Una cosa, Belinda —dijo Ike a los pocos minutos—. No tengas a ninguno de los que estaban con tu padre. Te robaban el ganado.

—No creas que no lo he pensado. Mi padre me ha dicho que debe estar en Benson. Tiene un amigo llamado Lawson, que ha de ser cuatrero. No hablaban nunca delante de mí.

—No se atreverá a venir. Sobre todo después de la muerte de Laura.

—Y no debes dejarle que lo haga aunque tarde un año en aparecer. Sólo vendría a robar. Y lo que tenéis que hacer cuanto antes, es casaros.

—Tengo miedo a Blue... —confesó Belinda—. Un día me dijo que mataría a Ike si no me casaba con él. Y el equipo que tiene es bastante peor que el que consiguió formar mi padre aunque es menos bullicioso. Me han dicho en el rancho que el pistolero al que hicisteis beber lo de las botellas, está con Blue.

—No os preocupéis de él. Es un novato —dijo Brenda.

—Pero por serlo es más peligroso. Sabe que le supero mucho. Y no se enfrentará a mí abiertamente. Y no hay duda que tiene motivos para odiarme. Si dispara lo hará por la espalda o por sorpresa. Pero nunca me provocará. Hay que tener en cuenta que sabe la diferencia en rapidez de uno a otro. Eso es lo que le ha de preocupar. Tendré que estar atento, porque lo que más deseará es poder disparar sobre mí.

En el rancho de Blue, los vaqueros solían bromear con Maxwell. Le decían que si le apetecía un poco de whisky, bebida que aborrecía desde que Cary le hizo beber hasta la pérdida del conocimiento.

Decía que sólo ver esa bebida le daban náuseas.

—¿Ya estás en condiciones de enfrentarte a ese forastero?

—Lo estoy.

—Yo no estaba allí —decía uno—, pero los testigos afirman que es muy veloz y muy seguro.

—¿Es que yo soy de plomo?

—Lo digo para que lo tengas en cuenta y no te confíes demasiado. Que sabe disparar y muy bien, lo indica el que rompió la hebilla de tu cinturón sin herirte. Ese es de los disparos más difíciles que tengo noticia.

—Es que es muy difícil conseguir eso —decía otro—. Has de tener mucho cuidado con quien ha sido capaz de hacerlo. No se trata de un novato. Y con el rifle, hay que ver lo que han hecho Brenda y él. Porque dispararon los dos. Y tú por no estar bien no estuviste complicado en esa operación que te habría costado la vida.

—Lo que me sorprende es lo de Adams. Resulta que el rancho es solo de Belinda y le ha echado de allí.

—Porque tenía a Laura a la mesa y quería obligar a la hija a que comiera con ellos.

—Ha sido una sorpresa para todos.

—Y el peligro para él no ha desaparecido. Si se presentara por aquí, sería arrastrado y al final colgado.

—No vendrá por ahora. Es lo que he oído comentar al patrón.

—La muchacha sigue sin hacerle caso. No comprendo que insista.

—Pues está obstinado.

—Ella con el que se casará es con Ike.

—No le agradará al patrón si lo hacen así.

—Hay que pensar en la diferencia de edad. No se le puede decir a él, pero esa diferencia es importante para la muchacha.

Por temor a Blue, se llevaron en secreto todas las gestiones para la ceremonia de la boda de Ike y Belinda.

Cuando Blue quiso informarse, se había celebrado ya. Y los vaqueros de su equipo aunque no comentó nada, estaban seguros que ardía por dentro.

Cary fue informado del resultado del análisis de la muestra que llevó al laboratorio.

—¿Conservas esa muestra?

—No.

—Pero podemos sacar otra del mismo lugar, ¿no?

—Desde luego.

—Mañana iremos a esas excavaciones. ¿Quieres mostrarme ese resultado?

—Te lo daré mañana.

—¿Dice el tanto por ciento hallado en la muestra?

—Sí. Un veintinueve.

—Sólo de la muestra.

—Sólo de ella.

—¿Te conocen los del laboratorio?

—No... No les había visto antes ni he tenido trato con ellos. ¿Pasa algo? Tú entiendes de esto, ¿verdad? Y sin duda sospechas algo.

—No sospecho nada, pero me encantará obtener una muestra del mismo lugar que lo sacaste tú.

Al día siguiente estuvieron los dos y fue Ike el que arrancó la muestra.

—¡Un momento...! —dijo Cary—. Has arrancado la muestra con un solo golpe. ¿Pasó lo mismo la otra vez?

—Pues... sí. Creo que fue lo mismo.

—Vamos a excavar en varios sitios distintos. Te dijeron en el laboratorio que era una buena muestra, ¿no fue así?

—Y dijeron que debía haber mucha y buena plata por donde se arrancó esa muestra.

Conseguir las otras muestras fue mucho más duro. Cary señalaba los lugares dónde se debía excavar.

Cogió las muestras obtenidas y dijo a Ike:

—¿No observas alguna diferencia entre las muestras?

—Me parecen iguales.

—Sin embargo, ésta no corresponde a la tierra de este rancho. Si observas el color de la tierra te darás cuenta de la diferencia. En fin, las llevaré a analizar a Phoenix. Haré el viaje rápido.

Ike por la noche dio cuenta a Belinda de lo que habían hecho y lo que dijo Cary.

—¿No encuentras misterioso a Cary? No ha hecho nada desde que llegó.

—¿Qué no ha hecho nada? Mató a la mayor parte de los del equipo de mi padre que asustaban a la comarca. ¿Te parece poco?

—Ha venido con dinero. Y sólo pasea unas horas y el resto del tiempo está en el *saloon* de Brenda. Y los paseos que da son largos.

—¿Has visto qué caballo más bonito tiene?

—El capataz de Rison ha querido comprarlo en cien dólares. Pero la respuesta ha sido negativa.

—Pues es un precio para un caballo.

—Pero ya lo has dicho. Tiene dinero y no le hace falta. Así que la cantidad en él hace mucho menos efecto que en otro.

—Y ahora, resulta que va a entender de asuntos mineros.

—Estoy seguro que entiende. No es una sospecha. Yo estoy seguro que sabe lo que dice respecto a esas mues— l ras.

—Lo que me tiene preocupada, es la tranquilidad de Blue. No parece haber comentado nada sobre nuestra boda.

—Se ha convencido ya que no tiene remedio.

—De todos modos, no me gusta esta tranquilidad. Venía muchas veces a esta casa. El pretexto era conversar con mi padre.

—Y Laura había creído que tu padre hablaba en serio cuando decía que se iban a casar.

—Pero al saber que no tenía nada en este rancho, fue ella la que se escapó de aquí. ¿Por qué le tendría miedo tu padre? Porque sólo así podía hablar de matrimonio entre ellos.

—Es que quería molestarme a mí... Y sólo por eso se habría casado con ella.

—Será como dices..., pero a mí me parece que había algo más.

—Y ahora tengo miedo de que maten a mi padre si aparece por aquí.

—Sea lo que fuere, ella ya está muerta.

—Eso sí que es seguro. Por lo menos mientras el forastero y Sandra anden por aquí.

—¿Crees que ha tomado miedo a esos dos?

—No te enfades, Belinda. Pero tu padre es un gran cobarde. Le falta el apoyo de sus pistoleros. Y sin ellos es lo que estás viendo. Un cobarde.

# CAPITULO V

No agradaba a Sandra ver en su local a Blue. Que saludó a Brenda con una sonrisa. Y pidió un whisky.

De buena gana hubiera dejado que le atendiera el *barman*, pero no quería provocar una posible escena.

—¡Brenda! ¿Ha marchado ya ese vaquero tan alto?

—No creo. La habitación sigue a su disposición y en ella están los objetos personales suyos.

—Es que decían que le habían visto subir al tren.

—Tal vez haya ido a Benson, Tucson o Phoenix..., pero de verdad, que no se lo he preguntado. ¿Cree que hice mal? ¿Y puedo saber a qué viene ese interés en Cary?

—Era simple curiosidad, no interés. Comprenderás que me da lo mismo... Pero Rison parece que insiste en querer comprarle el caballo y al saber que yo iba a entrar a beber un whisky me ha encargado preguntara si había marchado porque no se le ha visto en dos días. ¿Aclarada la razón de mi pregunta?

—Perdone. No he querido ofenderle.

—Y no me has ofendido.

—No creo que haya marchado, porque como he dicho antes, sus cosas siguen en la habitación designada a él. El caballo debe estar en el rancho de Belinda. Pero no creo esté dispuesto a vender. Suele decir un tanto en broma, que si le vendiera, el caballo le rastrearía para arrastrarle.

—No hay duda que es un caballo bonito, pero no hasta el extremo de pagar quinientos dólares que al parecer está dispuesto a pagar.

—No sabía nada de esa cifra. Había llegado a los trescientos...

—Que ya es una cantidad excesiva, pero quinientos... ¡Una locura!

—No venderá tampoco en ese precio.

—Pues en ese caso, el loco lo es él —dijo Blue.

Brenda miraba al ganadero que entraba y que muy rara vez había visitado ese local y el hotel y eso que tenía el rancho alejado de la ciudad y se quedaba a dormir con frecuencia. Pero al ver que iba hacia Blue comprendió que había entrado porque sabía que ese ganadero estaba allí.

Se saludaron los dos y fueron hacia una mesa ante la que se sentaron, pidiendo whisky también el recién llegado. Y una vez asentados, dijo James Bates:

—Ya viene Reydil... Y entrará a través del rancho de Ike...

—Está en el rancho de Belinda. Allí hace tener a los tres vaqueros que le han estado ayudando.

—No va a evitar que el ganado que tenga se una a la manada de Reydil. Viene con mucho ganado. Su capataz me hablaba de más de cien mil dólares.

—¡Caramba! Esa sí que es una buena manada.

—Y el ganado que se le una en la nueva ruta hasta los encerraderos de aquí.

—¿Qué tiempo calculas que tardará en llegar a ese rancho?

—Por la situación que me ha dado el capataz de Reydil, supongo que una semana o tal vez menos. El paso por los cañones es lo más lento... Y carear tanta res junto a pastos y ganado privados, es difícil y lento. Por eso calculo que unos siete días. Pero la boda de Ike va a ser un gran inconveniente. Porque no le apremia la venta. Tiene el rancho de Belinda con muchos cientos de reses.

—Sí. No hay duda que es una contrariedad.

—¿Ya se te ha pasado la fiebre por esa muchacha?

—Serán castigados en su día. Tengo paciencia.

—Ella nunca te alentó, ésa es la verdad.

—Pero sabía que le advertí mataría a Ike si decidía casarse con él.

—Debes olvidar ese asunto.

—No soy de los que olvidan, pero tengo calma.

—Lo que nos interesa es ese rancho.

—Pero has sido tú el que ha visto el inconveniente que hay. No le apremia vender. Eso es verdad.

—¿Sabes algo de Adams...?

—Sigue con Lawson. Dentro de poco podrá regresar sin que se metan con él.

—¿Crees que habrá olvidado Brenda que venían con órdenes de matar? No lo esperes. Y no debéis dejar de pensar que esa muchacha es más india que rostro pálido y que ha de estar en relación con los indios de la montaña. Ella les ha de estar ayudando en el asunto víveres... Y si les pide

una acción contra alguien de aquí, lo harán. ¡Y de qué manera! Debéis pensar en ello.

—Es lo que hasta ahora, ha impedido que sea castigada bien.

—Si Adams hubiera tenido suerte con sus emisarios, es posible que ninguno de nosotros dos tuviéramos ranchos ni ganado. Y posiblemente ni casas. Lo que intentó Adams era una completa locura. Yo, al saberlo, me alegré que hubieran matado a todos. Si matan a Brenda nos habrían destrozado los indios. Tenéis que pensar en eso aquellas personas que no estimáis a la muchacha. Y ese tan alto, ¿sigue por aquí?

—Debe estar de viaje, pero todo lo sigue teniendo en el hotel, así que no se ha ido.

—¿A qué espera Cary...?

—Lo hará... Y lo hará bien.

—¿De veras crees que se va a enfrentar a él después de lo de la hebilla del cinturón? Los testigos lo recuerdan como algo excepcional. Y él, no podrá olvidarlo en el momento de enfrentarse a él. No te engañes. Ese tan alto decía que era un novato y estoy de acuerdo con él. La historia y la fama de que hacía gala Adams, estaba formada por el propio pistolero. Y al enfrentarse con quien sabe disparar, estuvo pidiendo perdón y pagó lo que le pidieron a pesar de haber asegurado que no pagaba.

—No lo hará él solo.

—Bueno... Si es así..., pero, ¡cuidado! no te compliques tú.

—Sabes que yo no soy un novato como él... ¡Porque soy el más convencido que ése no pasa de ser un vulgar tirador! Pero si la trampa se monta bien...

—Así, es posible que consiga algo, pero de la otra forma no daba por él nada. Ese vaquero tan alto sí que debe ser un buen pistolero. No se dejó sorprender... y mató a los dos traidores. Y con el mismo disparo, en el centro de la frente. Hay que tomarle muy en serio. ¿Qué hace aquí?

—Pues pasear y vivir. Debe tener ahorros y Brenda es una buena causa para seguir por aquí. Y suelen pasear los dos a caballo.

—¿Qué dice el Dandy? ¿No hizo saber que Brenda tenía «su hierro»?

—Pero al forastero, lo que diga Dandy no debe preocuparle mucho. Empieza por desconocer a la persona. Y sin conocer a Dandy no tiene por qué asustarse ni preocuparse siquiera. Son los de aquí los que tiemblan ante la posibilidad de que se disguste el pistolero. Y que ya son menos los que juegan con él...

—Es que el sistema que tiene de jugar, no se admite en ninguna parte. Es cierto que las veces que le han descubierto la jugada era cierto que ganaba pero el hacerle descubrir la jugada no es para matar a una persona. Por eso se ha impuesto. Y ya, son menos los que juegan frente a él. Acabará por no hacerlo ninguno. Y se le van a adelantar y dispararán varios a la vez. Es como acaban todos esos matones. Ahora, se habla de cambio de *Sheriff*. Eso puede ser un primer hito para el ocaso de Dandy. Hasta ahora ha contado con la ayuda de quien llevaba la placa.

—Se la dieron de nuevo, ¿no?

—Ha estado mal, pero ya parece que empieza a levantarse. La intoxicación por alcohol se complicó con algo que él tenía. Pero parece que saldrá a la calle uno de estos días.

—Si es así, vaya... Pero si cambian el juez y el *Sheriff*...

—Parece que quieren hacer de Tombstone una ciudad independiente de Benson y Tucson y que las autoridades de aquí tengan la misma autoridad que las del condado.

—Si es así, enviarán un juez que esté en condiciones, como profesional, para actuar de manera legal.

—Si lo hacen, no agradará mucho, a pesar de que es lo que se está pidiendo hace años. Porque no se podrán designar con el dedo. Tendrán que ser para *Sheriff* elecciones normales y controladas por el juez que dependerá de Phoenix.

Brenda vio a otro cliente que buscaba a Blue y se sentó con ellos. Este cliente solía entrar con frecuencia. Y Brenda sabía que era ella la causa de esas visitas aunque nunca le animó. Pasaba lo mismo que con Dandy. Al que advirtió seriamente que dejara de hablar de hierros y de marcas. El día que le habló en ese sentido lo hizo muy en serio, añadiendo:

—Marca a tu madre y a tus hermanas. ¡Y olvídate de mí! No me obligues a que destroce tu rostro con una sobrecarga de plomo.

Como ese día había muchos testigos, Dandy se echó a reír. Y dijo que no había hablado nada de hierros ni de marcas, pero que tuvieran cuidado los que se acercaran a ella.

Pero desde que le había hablado así, no había vuelto por el local y antes iba a diario a beber un whisky. No jugaba porque no quería Brenda que se jugara en su casa. Y sobre esto, habían sido varios los que decían a la muchacha que era una torpeza por su parte esa actitud y que estaba perdiendo una buena cantidad de dólares. Pero ella era inflexible en ese

aspecto. Le habían hecho muchas ofertas por la explotación del juego al margen de su propiedad, mediante el pago diario de hasta veinte dólares.

Hasta que se convencieron que nunca aceptaría, pasaron meses, pero ya la dejaron al fin tranquila y aceptaban ese local en las condiciones que ella quería estuviera.

Los más amigos de Brenda, aquellos que tenían confianza con ella, comentaban la falta de asistencia de Dandy.

—Parece que aquel día le asustaste —decía uno.

—Es que me estaba cansando que vinieran a decirme que tenía el hierro de él y que no se acercarían a mí porque eso suponía un peligro de muerte. Al fin me ha dejado tranquila.

—No creas que él ha olvidado. Y suele comentar por ahí que ¡cuidado! con acercarse a ti.

—Ya se le pasará. Lo que quiero es que me deje tranquila como estoy hasta ahora.

Brenda estaba pendiente de los reunidos en esa mesa. El último que llegó a ella, era un hombre que tenía negocios mineros y por eso le sorprendía que hablara con los ganaderos. Pero recordó lo que pasaba con el rancho de Ike y que Cary le habló a ella. Sonreía al pensar que si ellos creían en la ignorancia de Ike sobre la riqueza de su rancho, iban a recibir una gran sorpresa. Pero lo que no comprendía era por qué esos ganaderos podrían hablar de la plata que hubiera en el rancho de Ike.

Marcharon los tres y ella no se acordó más de ellos hasta cuatro días más tarde, cuando regresó Cary y un vaquero comentó que se hablaba de que la manada que pertenecía a Reydil estaba en marcha muchos días ya y que iba a entrar en Tombstone por la parte Este. Lo que quería decir que lo haría por donde estaba el rancho de Ike.

Ella habló con Cary de aquella reunión.

—Y dices que ese Wesley se dedica a asuntos mineros, ¿no? —dijo Cary.

—Sí. Dicen que tiene intereses en varias sociedades mineras. Es muy amigo de míster Bratt que es director de varias minas asociadas.

—¿No sabes si se habla de alguna nueva emisión de acciones?

—No. De lo que han hablado es de acciones que van a salir al mercado, pero no sobre minas ni sociedades de aquí, sino de Silver City... Aquí suelen venderse acciones de aquel pueblo.

—¿Sin conocer la mina ni la sociedad emisora?

—Suelen ser sociedades muy conocidas en el ambiente minero. También se venden acciones de minas de cobre de Montana y de otros minerales en Denver. En general aquí suelen invertir en acciones.

—Tendrán muchos disgustos —dijo Cary, riendo.

—¿No se vende en la Bolsa de Denver? Y las acciones corresponden a minas muy alejadas de aquella ciudad y desconocidas para los compradores. Compran por la parte emisora. Y porque figuran en las cotizaciones diarias de la Bolsa.

Cary miró sorprendido a Brenda.

—¡Qué sorpresa! No sabía que estuvieras tan bien informada.

—Es que mi padre se arruinó en la Bolsa. No creas que no conozco los trucos que hay en ella. Y no hay duda que hay muchos enriquecidos por saber manejar los valores en sus manos. Mi padre era un suicida. Le salieron bien unas cuatro operaciones. Ganó mucho en ellas. Y en vez de retirarse y vender, como aconsejaba el buen sentido, siguió comprando. Y una mañana leyó en el periódico la quiebra total de la sociedad propietaria de las minas que garantizaban los miles de acciones que había en mi casa. Fue un cobarde a última hora. No debía nada a nadie... Había perdido lo que ese papel representaba y no lo soportó. Decía que era un fraude esa quiebra... Que no podía ser... Y a los pocos días moría por algo de corazón que yo no sabía tenía.

—¿Recuerdas los valores a que te refieres?

—Te los enseñaré. Tengo un baúl así, lleno de esas acciones. Esa sociedad tenía minas de oro, de plata, de cobre y de carbón. Y las acciones estaban a nombre de la Sociedad Minera General. Y en Denver tenían las oficinas centrales.

—Esa sociedad cotiza sus valores en Bolsa nuevamente.

—¡No es posible...!

—Y su cotización estaba bastante alta hace unas semanas. ¿Tienes acciones de esa sociedad? ¿Estás segura?

—¡Acciones a montones y obligaciones...!

—Tenemos que verlo. Y va a ser ahora mismo.

Brenda llevó a Cary a su habitación y, abriendo un baúl le mostró los paquetes de acciones muy bien ordenadas las acciones y obligaciones por numeración.

Cary estuvo repasando los paquetes y contando las acciones y las obligaciones. Le 'llevó más de una hora ese recuento y al final, se echó a

reír.

—¿Sabes que eres una de las mujeres más ricas de la Unión...?

—¡No me digas...!

—Te estoy hablando en serio. Más que el dinero que en sí supone todo esto, es que te convierte en casi única dueña de todas esas minas de oro, plata, cobre y carbón... Porque aquí hay asombrosamente, el noventa y tres por ciento de las acciones emitidas. Y, por lo tanto, tienes derecho a presidir el Consejo de Administración. Va a ser duro y peligroso lo que vamos a hacer. Vamos a ir los dos a Phoenix. Y la mitad de estas acciones me las vas a vender a la cotización actual, porque así, los dos estaremos en el Consejo de Administración. Y echaremos a los aprovechados que están preparando, sin duda, una emisión de acciones haciendo creer que ellos tienen todas estas que hay aquí. Y te voy a pagar esas acciones a su precio actual.

—¿Estás loco...? Nada de pagarme tanto dinero. Nos unimos en sociedad. Tú pones tu cerebro y yo las acciones.

—Tienen que estar a mi nombre para poder actuar.

—Pues se pone la mayor cantidad a tu nombre. Y así eres el presidente del Consejo. Eso era lo que decía mi padre el día antes de leer lo de la quiebra. Que tendrían que admitirle como presidente... Pensaba que jugaron a la baja, para comprar, pero los agentes de mi padre se quedaban con todas las que salían. Era un verdadero río de acciones las que salieron, pero mi padre se quedaba con todas.

—Los consejeros, entonces, debieron estar enloquecidos por la desaparición del mercado de las acciones. Y no debían saber quién las compraba.

—El nombre de mi padre era un desconocido. Que jugaba a la bolsa con lo que tenía. No le debieron tomar en consideración nunca.

—Pues se apoderó de la sociedad más potente que hay.

—Y murió sin llegar a saber que lo había conseguido. Parece que no confiaban en esa sociedad por haber diversificado tanto sus tentáculos. Y resulta que, como decía mi padre, era ésa la base del éxito.

—Y no se equivocó.

—Entonces, crees que debemos ir a Phoenix.

—De momento, sí. Y de allí, iremos a Denver. Hay que paralizar la gran estafa que han de estar preparando los que se dicen poseer todas las acciones.

—Pero tendrán que entregarlas.

—Bastará la complicidad de un director de Banco que entregue una certificación en la que haga constar que las acciones y valores están depositados en la caja de ese Banco. Tenemos que llegar a tiempo. Pero no quisiera dejar abandonado a Ike en su lucha con esos granujas que vienen con una manada de reses robadas. Telegrafiaré a Denver para que paralicen esa emisión.

—¿Y te harán caso?

—Espero que sí. Porque voy a telegrafiar al gobernador y al comisionado de minas.

—Y estás seguro que te atenderán, ¿no? ¿Por tu cara bonita...?

—Para tu tranquilidad, te diré que el comisionado de minas, es mi hermano. Y que el gobernador es mi tío. ¿Tranquila...?

—Y tú eres especialista en asuntos mineros, ¿no...? ¿Ingeniero...?

—Eres una vidente. Tienes razón. Y una de las razones de venir a Tombstone eras tú y esas acciones.

—No me digas...

—Sabíamos que tu padre estuvo comprando todas las acciones que salían al mercado y nuestro miedo era, que tú, su hija, hubieras destruido esas acciones.

—Así que antes de llegar sabías quién era yo y lo de mi padre.

—Así es.

—Sin embargo, lo hiciste bien. Porque fuiste al herrero para que te recomendara este hotel... ¡Eres astuto y sinuoso...!

—Seguía tras lo que me interesaba.

—¿Qué pasa con el rancho de Ike?

—Aún no lo sé. Pero temo que sea un fraude. Bien preparado, pero fraude.

—Lo sentiría por él.

—También yo...

# CAPITULO VI

Belinda, Brenda, Ike y Cary estaban bien situados.

—Los jinetes han de venir en la parte trasera —decía Cary—. Han de temer verse aprisionados por la marea de carne y cuernos. Y no se enterarán de lo que pasa al hacerse el tapón en la salida. Serán muchas las reses que mueran porque no sabrán detenerse. Y las caídas a la entrada serán aplastadas por las siguientes. El ruido de los mugidos no dejará oír los disparos nuestros. Hay que matar muchas al principio.

Dio Cary la orden de disparar. Y todo estaba saliendo como había previsto.

—No vamos a necesitar matar a esos cuatreros. Lo van a hacer los ganaderos que vengan a revisar ese ganado. Vas a ir al pueblo y hablas a los ganaderos que sabes puedes fiar en ellos. Ya sabes lo que tienes que hablar. Nosotros nos volveremos a nuestras casas. Tú, lo has descubierto por el ruido de los mugidos.

Los hechos estaban respondiendo a lo planeado por Cary.

Los que conducían la manada se quedaron sorprendidos al ver que el ganado no avanzaba y que se estaba apiñando sobre el de cabeza. No podían ir a ver lo que pasaba porque no podrían llegar a las reses de cabeza.

Reydil gritaba a los conductores para que hicieran caminar el ganado. Pero los conductores no podían llegar a los de cabeza. Y dar la vuelta era una labor de varias horas.

Uno de los conductores caminó sobre los lomos del ganado, pero de pronto dejaron de verle. Se había caído y fue aplastado por las reses y pisoteado por las que buscaban base firme para caminar.

—¡Es una locura! No se debe intentar otra vez. Tendremos que dar la vuelta.

—Son varias horas, pero a caballo no será tanto.

—No sé qué habrá pasado.

—Basta que hayan caído cuatro o cinco antes de la salida y se ha taponado con reses. Y si es así se van a perder muchas.

—¡Malditos cañones...!

—Se adelantaba mucho por aquí...

—Demos la vuelta, tal vez se pueda remediar.

—Están muy hacinadas. Van a morir muchas y las muertas no dejarán pasar a las otras.

Reydil no hacía más que jurar y maldecir la hora que admitió entrar por los cañones.

Los ganaderos a quienes visitó Ike se asombraban de que la manada de Reydil, de la que estaban hablando, caminara por un camino que no era el normal.

Visitaron al *Sheriff* que actuaba en nombre del titular, porque éste no estaba completamente bien.

—¿Por qué vienen por ese camino? —le preguntaban.

—No lo sé.

—Seguramente para destrozar mi rancho —decía Ike—. Me advirtió que lo haría en el próximo viaje.

—Es un atropello... Y sabe que tiene que venir por el otro camino.

—En el pecado lleva la penitencia si al salir algunas reses se han caído y han cerrado la salida al resto de la manada. Morirá mucho ganado.

Entre ganaderos y vaqueros se desplazaron unos veinte jinetes.

Y al llegar y ver el ganado se miraban los ganaderos.

—¡Hay reses mías! —decía uno.

Y daban nombres de otros ganaderos.

—Toda esta manada es fruto del robo. ¡Qué bandidos!

—¡Todas! ¡Todas! —gritaba uno que estaba sobre la montaña de carne —. Todas las reses son robadas. Este equipo es de cuatreros... ¡Por eso la traían por este camino!

—Y todo el ganado que han traído hasta ahora es como éste... Lo metían directamente en los encerraderos.

—Lo que indica que el comprador estaba de acuerdo con él.

—Estaban sus amigos Blue y Bates en el *saloon* esperando la manada.

—Han de saber qué clase de ganado traen...

—Tal vez ellos no sepan nada. No ven el ganado.

Los ganaderos aludidos, bien ajenos a lo que pasaba, reían ante lo que esperaban sucediera en la parte en que Ike tenía su rancho.

—Pero no tiene la importancia que habría tenido de estar Adams en su rancho y la muchacha sin casar. Así no creo que les importe tanto...

—¿Es que no tiene importancia la pérdida de las reses que tiene?

—Deben perdonar que intervenga —dijo uno que estaba cerca de ellos —, pero Ike no tiene una sola res en su rancho. Fueron trasladadas al rancho de Belinda.

—¡No es posible!

—Hace dos días que terminaron el traslado. En el rancho no tiene más que la vivienda, que como todos saben no tiene valor. Es una cabaña.

—Debimos pensar en esa posibilidad. Y es natural que lo hayan hecho así. Viven en ese rancho y no iban a dejar el ganado tan lejos y solo...

—Todo esto hace que el paso de la manada por allí, carezca de importancia.

—¡Cuando lo sepa Reydil...!

—Se les unirá algún ganado de los ranchos por los que tendrá que pasar. Si no son de Ike serán de otro.

—Si no tiene ganado ni vive allí, ¿para qué quiere ese rancho? ¿No sería momento de hacerles una buena oferta? Las mujeres son más interesadas. Y es muy posible que Belinda le convenza para que venda.

Llevaban tiempo conversando y vieron entrar a unos vaqueros que hablaban nerviosos entre ellos.

—¿Pasa algo? —preguntó Blue.

La empleada a quien preguntó respondió que no sabía nada. Pero al entrar otro grupo que también entre ellos hablaban nerviosos y pidieron de beber ante el mostrador, Bates hizo señas a uno de los que entraron en último lugar, y al acercarse le preguntó:

—¿Pasa algo?

—La manada de Reydil ha quedado atascada en los cañones. Ha muerto la mayor parte del ganado. Pero lo que ha sorprendido a los ganaderos y vaqueros que han acudido ante la llamada de Ike, que temía fuera a pasar por su rancho, es que todo el ganado que conducía Reydil es ganado robado. Y ha de tener sus cómplices aquí cuando se ha mantenido oculto el que las reses que ha estado trayendo eran todas ellas robadas. Comentan que por eso metía en los encerraderos su ganado nada más llegar. Como muchas reses son de ganaderos que han acudido a los cañones, han linchado a Reydil y a varios de sus conductores. Otros han podido escapar.

Blue y sus amigos hicieron comentarios de la mayor sorpresa por esa noticia y aseguraron que nunca habrían creído que se trataba de un cuatrero. Y marcharon del local.

Blue estaba muy contrariado. Y lleno de pánico. Temía se llegara a conocer que estaba asociado a ese jefe de equipo. Y que, por lo tanto, sabía que el ganado que llevaba era robado o debía sospecharlo, porque aunque decía que compraba a los ganaderos, era mucho el ganado que llevaba en un año.

Más tarde, supo que el comprador que había por cuenta de los mataderos, había desaparecido del pueblo. Con lo que confesaba su conocimiento de que Reydil era un cuatrero.

Wesley visitó a Blue para preguntar qué pasaba al fin con el rancho de Ike.

—Es un rancho que, con las muestras que llevamos al laboratorio, se puede asegurar una emisión de acciones por valor de un millón de dólares. Y se hace saber que los compradores es la Sociedad Minera, que ha reaparecido en la Bolsa con cotizaciones en el mercado. Serán acciones que se venderán en una semana y no sólo aquí, sino lejos. Donde la Sociedad Minera es muy conocida y deseadas sus acciones. Estamos en el momento crucial para conseguir un millón en sólo una semana. Y desaparecer. El director del Banco nos deja el dinero que necesitemos para comprar a Ike. El resto será rápido.

—Es que no creo que Ike venda. No necesita dinero ahora que cuenta con el rancho de Belinda, con una fuerte ganadería. Y con la huida del comprador, sus reses se venderán bien y en los mataderos pagarán lo que es justo. Ya no contamos con el comprador, que no adquiría una sola res de ese rancho. Todo se pone mal.

—Pues es la gran oportunidad.

—Sospecho que la vamos a perder. Porque Ike es bastante tozudo. Y todo lo sucedido lo ha complicado todo.

—Hay que hacer una buena oferta a Ike.

—Pero que no seamos ninguno de nosotros.

—El director del Banco es el indicado.

—Que lo haga, aunque no creo que acepte.

Unos días más tarde, Ike visitó a Cary en el hotel.

—Te vas a sorprender de lo que pasa y te voy a decir.

—¿Qué es ello?

—Me ha mandado llamar el director del Banco y me ha dicho que como ese rancho lo tengo abandonado, tal vez me interesara vender. Que tiene un cliente que pagaría bien por él.

—¿Qué has respondido?

—Que le tengo mucho cariño a ese rancho, porque era de mi padre... En fin, que me he negado. Y me ha dicho que hago mal. Y que debo pensarlo porque tal vez le sacara a ese cliente veinticinco mil dólares, de los cuales tres mil serían para él. ¡No lo comprendo! No vale más de ocho o nueve mil dólares.

—Está bien. Cuando vuelva a verte, que volverá o te mandará llamar, le dices que si llega a los treinta mil para ti, estás dispuesto a vender. Que Belinda te ha convencido que es una tontería tener abandonado ese rancho, puesto que ya tienen el de ella y que ese dinero no les vendría mal. Que así podréis hacer un viaje al Este, que es lo que echa de menos ella. Quiere visitar los colegios donde pasó unos años. Pero debes hacerlo bien.

Y a los cuatro días, Ike informaba a Cary que iba a vender el rancho en los treinta mil dólares.

—Cuando lo hayas vendido, no dejes ese dinero en el Banco de aquí. Haces una transferencia al Banco Nacional de Phoenix, donde tienes tus ahorros. Y desde donde vais a hacer ese viaje tan deseado por Belinda.

—De acuerdo.

Para el director del Banco fue una sorpresa la decisión de Ike, pero no podía dejar de hacerlo y le entregó el justificante de la transferencia. Lo que deseaba el director era que se consumara la venta, y se había consumado.

Cuando marchó el matrimonio tras la venta del rancho, se frotaba las manos el director. Y llamó a Wesley que a su vez mostró la alegría que le daba esa compra.

No sabían que Cary estaba ya en movimiento.

Y el que se reía de veras era él. Porque se había confirmado que el mineral analizado por ellos y cuyo resultado conservaban como un tesoro, respondía a un mineral «sembrado», pero que no había la plata que ellos estimaban o trataban de hacer creer a los incautos, a quienes iban a tratar de estafar con una emisión de acciones fraudulentas. Puso unos telegramas para que estuvieran preparados los que en determinado momento debían intervenir. Permanecía atento a la evolución del plan que hubieran proyectado.

Estaba seguro que esa compra se hizo con el dinero del Banco, y se hacía o se había hecho al margen de la entidad bancaria.

A la que pondrían en guardia en Phoenix. Pero siempre con el ruego de un poco de paciencia para saber la finalidad buscada. Era necesario saber

quiénes eran los hombres del ambiente minero que estaban relacionados con esa operación que al parecer tanto les había agradado.

Como Blue estaba mezclado en todo eso, y sabía Cary el odio que tenía al matrimonio Ike-Belinda, pidió a los dos que marcharan inmediatamente a Phoenix a la dirección que les dio. Y al hablarles lo hizo como si se tratara de una orden y no de un ruego.

A Cary le interesaba saber quién, de la Sociedad Minera, estaba complicado y comprometido en esa falsedad que estaban preparando. Y desde luego, cuando pensaba en ello, estaban condenados por él al plomo y a la cuerda.

La Sociedad Minera había resucitado de una manera muy extraña, que trataría de averiguar Cary en Denver Al resucitar la Sociedad, reexplotando minas y dando publicidad, Cary sospechaba que lo que buscaban era que aparecieran acciones y localizar a quienes las poseyeran en cantidad. Porque no sabían que Brenda era hija de Angus Taylor, porque ella cambió su apellido por el de Smith, que era el que solían dar a los indios que acudían a las misiones, en el momento de bautizarles y que hacía afirmar el criterio de que tenía relación con indios.

Este afán de buscar a los poseedores de acciones era para Cary un deseo claro de atentar contra aquel que apareciera con cantidad suficiente para quitarles la dirección y el control de la sociedad.

Tenía que informarse en Denver cómo resucitó la sociedad y quiénes lo hicieron. Sospechaba que eran algunos de los que años antes formaban parte de aquella jugada a la baja que les salió tan mal por la tozudez del padre de Brenda. Incluso pensaba que era posible no supieran que había muerto. Porque no era para ellos más que un modesto accionista, ya que sus compras las hizo de una manera sinuosa, imposible de saber quién era el comprador.

Y si pensaban hacer aparecer al que había comprado aquellas acciones, había de ser con ideas homicidas, ya que era mucho el dinero que estaba en juego.

Ike y Belinda protestaron del viaje que les aconsejaba Cary, pero éste supo razonar. Y la pareja salió de viaje pocas horas después de haber hecho la transferencia a Phoenix de lo cobrado en el Banco por el rancho.

Con esto demostraba conocer a Blue. Quien al celebrar la compra del rancho de Ike, al llegar al rancho mandó llamar al capataz.

—Creo que ya no hay razón alguna para respetar a esos dos que se han reído de mí. Todos sabían en el pueblo y hasta en la región que era yo el que se iba a casar con ella. Y no voy a dejar que se rían de mí.

—Ha tenido mucha suerte Ike con lo de la manada.

—Ya no tenía las reses allí. No habría servido de nada que pudiera pasar Reydil con el ganado.

—Que perdió el ganado y la vida. Y menos mal que no se ha sabido que era socio de él.

—Creo que para mí fue una gran suerte que le mataran sin que pudiera hablar.

—¿Qué quiere que hagamos con el matrimonio feliz?

—Que se hagan las cosas bien, desde luego. Y que se provoque a Ike de forma que no pueda celebrar la venta de su rancho... Y a ella se le castigará en su momento.

Los amigos, socios y cómplices que le pedían paciencia días atrás, como habían conseguido lo que tanto les interesaba, le dejaron en libertad respecto a su odio a la pareja. Y como el padre de la muchacha seguía por Benson, sin atreverse a aparecer por el pueblo, no existía el menor freno al odio de Blue. Odio que era también extensivo a Sandra por su amistad con Belinda.

Algunos de los vaqueros de Belinda, como lo eran de la época tan reciente de Adams, solían tener por lo menos respeto a Blue. Y todos ellos sabían que había de estar muy disgustado por la boda entre los dos jóvenes.

Cuando Cary, que seguía en el rancho, se informó que esos vaqueros eran interrogados por los de más confianza de Blue, sobre el matrimonio, se preocupó por Sandra, a la que suponía en peligro también.

Fue mucho más difícil que convencer a Ike de la necesidad de marchar a Phoenix, pero lo consiguió al fin. Y sólo el saber que iba a esperar allí a Cary la hizo estar de acuerdo con el viaje.

La marcha de las tres personas que podían interesar a Blue se hizo sin que se dieran cuenta los que estaban más cercanos a ellas.

Para evitarse complicaciones, el capataz de Blue buscó en los vaqueros de Bates los encargados de castigar al joven matrimonio. Y Blue en persona encargó a Rison el castigo de Brenda y de Cary.

—Para castigar a ese tan alto —decía a Rison— no hay más que meterse con Brenda. Parece que se está enamorando de la muchacha.

—¿Crees de veras que se está enamorando de ella?

—Yo diría que ya lo están los dos.

—Para castigarle a él, no hay más que matar a ese maldito caballo.

—¡Cuidado!... No importa que sea como es, pero matar un caballo en el Oeste supone la cuerda para el que lo haga y no creo que haya un vaquero que se atreva a hacerlo.

—Si yo lo ordeno, lo harán.

—Pones en peligro de muerte al que lo haga y si antes de morir dice que es orden tuya, el peligro sería para ti. Es más normal meterse con Brenda. Y como ella tiene una lengua... Claro que ella supone un peligro también...

Rison se echó a reír.

—No tienes que excitarme —dijo—, Sabes que no estimo a esa muchacha...

—Ya sé que no te hizo caso y anduviste tras ella... —ahora era Blue el que reía.

Cary se había informado por el herrero sin que éste se diera cuenta de que estaba siendo interrogado entre comentarios sin aparente importancia. Y por lo que el herrero comentaba, sospechó que en el asunto minero había más expoliación que normales explotaciones. Y casi siempre aparecía en esos comentarios el llamado míster Wesley. Personaje que figuraba relacionado con varios grupos mineros y sociedades establecidas en la población.

Sospechaba que era el autor de la idea de hacer creer que en el rancho de Ike había una gran fortuna en plata. Y que ese rancho iba a servir de base para una estafa a base de acciones, amparada por la resucitada Sociedad Minera, de la que Sandra poseía casi la totalidad de las acciones.

Había pedido por telégrafo información sobre míster Wesley. Y la respuesta indicaba que debía tratarse de un falso nombre. No tenían dato alguno con ese apellido.

# CAPITULO VII

El *barman* dijo a Cary, a los dos días de marchar Sandra:

—Hay dos vaqueros de míster Rison que no hacen más que preguntar si está mejor Sandra. Y tengo miedo de decirles que no está en casa. Son vaqueros que no han solido visitar este local. ¡No me gusta ese interés! Y son muy amigos del capataz de míster Blue...

—Indícame quiénes son, pero lo haces con disimulo.

Así lo hizo el *barman* y Cary quedó pendiente de ellos. La empleada que más ayudaba a Brenda y con la que tenía más confianza, también llamó la atención de Cary sobre esos dos vaqueros. Y dio instrucciones de lo que debía comentar con quienes fueran clientes asiduos de la casa.

Pasada media hora, la empleada dijo a Cary:

—¿Se sabe algo de Sandra...?

—Parece que está algo mejorada, pero tendrá que seguir hasta Phoenix para que la vean dos médicos famosos que hay allí... Y si no, tendrá que ir a Santa Fe.

Los dos vaqueros objeto de atención de Cary, se miraron entre sí y uno de ellos dijo a la empleada:

—¿Es que está mala Brenda?

—Sí. ¿No te lo he dicho ya varias veces?

—Pero no creímos que tuviera importancia... ¿No se la puede ver?

—Tendríais que ir a Tucson, y ya a Phoenix... Ha debido salir hacia la capital.

—¿Es que no está en la casa?

—Hace días que marchó...

—¡Y no has dicho nada!

—¿Qué pasa? —intervino Cary.

—¿Es que tenía que deciros a vosotros que marchaba Sandra? ¿Desde cuándo se os ha despertado ese interés por ella? Antes no entrabais en este local. Es en estos días cuando no faltáis y hasta estáis en horas de trabajo. ¿Qué os sucede?

—¿Quieres decirme qué pasa?

—Estos dos vaqueros de Rison, que apenas si entraban una vez cada tres semanas. Y ahora llevan unos días que no salen de aquí y no hacen más que preguntar por Sandra, y ahora resulta que se enfadan porque no les he dicho a ellos que ha marchado Brenda.

—¿A qué viene ese interés?

—Es curiosidad. ¡No es interés!

—Interés es lo que habéis estado demostrando —dijo la empleada—. No lo neguéis.

—Pues no deja de ser interesante. ¿A qué viene todo esto? —dijo Cary —. ¿Orden de vuestro patrón?

—¿Mi patrón? ¡Tienes que estar loco!... Somos nosotros quienes hemos preguntado por ella.

—Pero por orden de vuestro patrón, ¿no es así? Creo que anduvo tras ella una larga temporada. ¿Es que quiere volver a las andadas?

—¿Y a ti qué te importa lo que nosotros hablemos?

—Me interesa la razón por esa «curiosidad» vuestra sobre Brenda.

—No discutas —dijo un vaquero al otro—. Vamos. ¡Debe ser el amante de ella...!

Y el que hablaba, sorprendiendo a los curiosos que escuchaban, buscó el «Colt». Y cuando Cary disparó sobre los dos, todos expresaban su asombro por lo sucedido. No se explicaban la razón de querer usar el «Colt» en una discusión tan sin importancia. Y llegaron a la conclusión que lo que buscaban era el momento de poder disparar sobre Cary. Pero esto no tenía explicación alguna para los clientes.

Cuando llegó el *Sheriff* se sorprendió al oír a los testigos tanto como todos estaban asombrados.

Y como tenían que comentarse estos hechos, llegaron a conocimiento del capataz de Rison. El que le daba cuenta añadió:

—No se explican por qué trataron de disparar sobre ese muchacho... Todos coinciden en que debía ser la persona que les interesaba, porque han estado acudiendo a ese local estos últimos días y antes pasaban tres semanas sin aparecer por allí.

—Pues no lo comprendo —decía el capataz, muy nervioso.

—¿No sería por el asunto del caballo? Parecía que aquello había pasado.

—No lo sé. Ya digo que no lo comprendo.

Pero el que hablaba con él se dio cuenta que había palidecido y que estaba nervioso. Pero no comentó nada, aunque para él estaba seguro que sabía lo que fueron a hacer al local de Sandra. Y si no comentó nada con él, sí lo hizo con los amigos.

Este fracaso fue una mala noticia para Blue, al informarse.

—¡Eran unos torpes! —comentó—. Se han dejado matar por tontos.

—Porque ese muchacho es excesivamente peligroso. Habrían matado a otro que no fuera él.

También disgustó a Rison ese fracaso. Y al otro día, lo comentaban aún en el local que él frecuentaba. Y se hizo un gran silencio, que buscada la causa por Rison, vio frente a él a Cary que le dijo:

—Veamos, míster Rison, qué es lo que tiene usted conmigo o en contra mía...

—No sé nada de por qué esos dos muchachos trataron de disparar sobre usted como han dicho que intentaron.

—Esos dos fueron con la intención de disparar sobre mí y no encontraban forma de provocación que fuera normal. Pero fueron enviados por el cobarde de su patrón. ¿Le conoce usted?

Los clientes se retiraban del lado de Rison, que en unos segundos quedó aislado frente a Cary.

—No tenía razón alguna para encargar eso... Si tuviera algo contra usted lo habría resuelto personalmente... No crea que me iba a asustar...

—Me agrada que no se asuste, porque he venido dispuesto a matarle. No me gusta que otros vaqueros de su equipo intenten otra gracia, aunque usted luego diga que no sabe nada.

—¿Es que cree de veras que puede hacer lo que dice?

—He venido a ello. Si no lo consigo será malo para

mi.

Los testigos estaban asombrados y admirados de la naturalidad que empleaba Cary para hacer saber que había ido a matar.

Rison que había sido un buen pistolero, estaba preocupado porque se daba cuenta que tenía ante él el mayor peligro de los que pasó en una vida muy azarosa.

—No tiene razón alguna para desear mi muerte, ya que yo no me he metido en nada. No sé si el capataz que estuvo hablando con ellos tendrá alguna razón. Pero yo, desde luego, le aseguro que no he intervenido en nada.

—Está bien. Si asegura que no ha sido cosa suya, es posible que yo esté equivocado.

Los curiosos respiraron con satisfacción. No les agradaba presenciar la muerte de persona alguna.

Cary se encaminó hacia la puerta y a la mitad del camino se volvió y disparó con ambas manos.

Le miraban con odio y exclamó:

—¡Fíjense en ese cobarde!...

Todos comprobaron que tenía el «Colt» empuñado.

—¡Iba a disparar sobre mi espalda! Y yo estaba seguro que lo iba a intentar. Por eso no me ha sorprendido. No hay duda que era un cobarde traidor.

Al comprobar que era cierto lo que decía, los comentarios eran de asombro por haber podido evitar que le asesinara, como Rison estaba dispuesto a hacer.

Para el capataz, la noticia de la muerte de Rison suponía el hacerse cargo del rancho y poder vender el ganado que había, antes de que acudiera el hermano de Rison, que estaba en Silver City.

Pero Rison había dicho que su capataz había hablado con esos dos vaqueros, y como Cary quería marchar, no deseaba hacerlo sin castigar a los cobardes que pudieran ser un peligro para el joven matrimonio. Y sobre todo que si era el que les ordenó lo que intentaron, no debía quedar sin castigo. Le buscó donde le informaron que estaría.

Cuando le encontró, como no quería perder tiempo dijo:

—Tu patrón ha asegurado que fuiste el que encargaste a esos dos vaqueros que se ocuparan de Sandra y de mí.

—Yo no encargué que os mataran. Me pidió Blue que se os diera un buen susto... Y para que veas que es cierto, aquí tengo la nota que me entregó y que...

Con el «Colt» empuñado sin salir de la funda cayó con la frente destrozada.

—¡Vaya grupo de traidores! —exclamó Cary—. Y lo curioso es que no creo haberles hecho nada. ¡No lo comprendo...!

Para Blue, cuando le informaron de lo hablado antes de morir por el capataz de Rison, fue una desagradable noticia y marchó a su rancho con la idea de pasar allí unos días. No podía afrontar el peligro de un muchacho que mataba sin la menor duda. Y que lo hacía de una manera tan segura.

No sólo Blue estaba preocupado y con miedo. Les pasaba lo mismo a los vaqueros.

En el pueblo no se hablaba de otra cosa. Habían sido varios los muertos del mismo equipo.

—El capataz de Bates está diciendo —comentaba uno en casa de Sandra— que no comprende que no haya podido matarle ninguno de los que han muerto a sus manos y que si no lo consiguieron, es porque ha sabido adelantarles con ventaja.

—Pues no tiene razón. Los muertos fueron los que trataron de ser los primeros en disparar.

—Pues él no lo admite...

—Van a obligar al forastero a que siga matando. Y lo hará si sabe esos comentarios.

—Si han oído a los testigos, ¿a qué viene poner en duda la realidad?

Los comentarios del capataz de Bates tenían que llegar a conocimiento de Cary, que no quería más complicaciones. Pero tampoco estaba dispuesto a que se siguiera con esos comentarios. Y buscó a su patrón para decirle que rogara al capataz no siguiera haciendo esos comentarios y que hablara con los testigos que habían presenciado lo ocurrido.

—No es a mí al que has de hablar, forastero. Eso, si te atreves, se lo dices a mi capataz que...

A más de tres yardas cayó el cuerpo de Bates, con el golpe recibido en pleno rostro. Y antes de que se incorporara ya estaba Cary junto a él y lo levantó con una mano, para castigarlo de nuevo. Un castigo verdaderamente feroz, pero merecido. El rostro del golpeado se estaba desfigurando y las reventadas mejillas soltaban sangre de una manera aparatosa, así como por nariz y boca.

—¡Engreído presuntuoso! —decía Cary, al lanzar el cuerpo inconsciente de Bates al centro de la calzada, donde el polvo, al mezclarse con la sangre, dejaba el rostro como si se tratara de un monstruo.

Cary marchó, quedando los testigos comentando lo que presenciaron.

—No comprendo a Bates —decía uno—. Ese muchacho le estaba pidiendo lo que es normal. Que se enterara el capataz por los testigos de lo que sucedió con los vaqueros. Y todos afirman que las muertes se la buscaron ellos al querer ser los primeros en disparar. Lo único que hizo ese muchacho fue no dejarse matar.

—Sí... No se comprende la actitud provocativa de Bates...

—Pues lo que ha conseguido son unos días de dolores y con un rostro tres veces su volumen. Sólo por el placer de llamar cobarde al forastero, que está demostrando con hechos tristes que es todo lo contrario.

—Y que, ahora, él lo ha experimentado en su propia carne.

Minutos más tarde acudió el capataz y ya se habían llevado a Bates a un doctor, que aseguró no ser grave lo que tenía, aunque sí muy doloroso por el destrozo en la nariz y en la dentadura. Las mejillas reventadas exigieron unos puntos en ambas. Y todo ello con intensos dolores.

El capataz afirmaba que iba a matar al forastero.

un vaquero de cierta edad le dijo:

—Escucha, Joe... No tienes razón... Bates se ha buscado lo que le pasa. No debió hablar en la forma que lo hizo, porque ese muchacho le estaba diciendo que tú debías preguntar a los que fueron testigos de las muertes que hizo.

—Les mató a traición y con ventaja...

—Sigues sin ser justo.

—¡Ya veremos si hace lo mismo conmigo!

—¿Es que quieres que te mate también a ti?

Joe se echó a reír y dijo:

—No me dejaré sorprender... ¡No soy tan confiado como ellos!

—No discuta con él, amigo —decía Cary, frente al hablador—. Tenga en cuenta que él es muy distinto, pero más cobarde que los otros, y lo eran mucho. ¿No es así?

—Bueno... Si no hubo ventaja...

—¡Qué cobarde eres, hermano!... ¿Es que has olvidado lo que estabas diciendo? ¿No me vas a matar ya? ¿Es que esperas la traición como esos otros? No habrá traición, porque todos son testigos que te voy a matar y que debes defenderte.

Joe levantó las manos, diciendo:

—Debes perdonar... Es que me gusta presumir... ¡Es cierto que los testigos han dicho que fueron ellos los que trataron de disparar sobre ti!... ¡Perdona! No hablaré más como lo estaba haciendo.

Cary, en la seguridad que iba a intentar la traición, dio media vuelta y al estar cerca de la puerta, como le veía de soslayo, se volvió para disparar porque Joe, al descender las manos y sonriendo cruelmente, buscó el «Colt» con la mayor rapidez, para caer con varios impactos en el rostro.

—¡Otro tonto caído!... ¿Es que no hay más que traidores en este pueblo?

Terminada la cura a Bates, éste dijo con dificultad, por el estado en que tenía la boca:

—Cuando se informe Joe, le matará... ¡No se dejará sorprender como me ha pasado a mí!

—No le has debido decir que si se atrevía a decir a Joe...

—Y es verdad. Ya verás cómo, cuando se entere de lo que ha hecho conmigo, sabe castigarle...

Al andar le dolía todo el rostro. Y fue hasta el local más cercano a la casa del doctor, para descansar.

—No podía beber, encargó buscaran a sus vaqueros para que trajeran el carro del rancho. No se atrevía a ir a caballo porque el movimiento le hacía sufrir mucho.

Uno de los vaqueros que acudió dijo:

—¿Ya sabe lo de Joe?

—Lo he supuesto. Sabía que así que se enterara le buscaría para matarle. ¡Ha hecho bien! Estaba cansando ese forastero.

—¡Joe a muerto a manos del forastero, y eso que le iba a disparar por la espalda!

—¡Noooo! —exclamó—. ¿También a él...?

—Y cuando le iba a traicionar como los otros. Creo que estaba diciendo que lo iba a sacar de casa del doctor y le iba a colgar.

Salió del local con rapidez, sin que el dolor le frenara la marcha. Y montó en un caballo para ir al rancho. Estaba lleno de pánico.

El viejo vaquero que habló a Joe, dijo:

—Le van a obligar a que siga matando.

Ese fue el comentario del *Sheriff* cuando se informó.

Estas noticias hacían maldecir a Blue en su rancho.

—¿Es que no van a poder con ese maldito forastero? —decía—. ¡Son muchos los muertos que ha hecho!

Y un nuevo visitante le llevó otra noticia que era más desagradable aún. El director del Banco había sido cambiado ese mismo día. El que estaba hasta entonces marchó a la capital requerido por la central.

Era verdad el cambio y el nuevo director se encerró en el despacho con los libros de caja y de cuentas corrientes. Pasó varias horas.

A la mañana siguiente una nueva noticia desagradable para Blue. Tema ante él una cita para presentarse en el Banco lo antes posible.

Al llegar a la hora citada, encontró a Wesley, que era otro de los citados.

—¿También te han citado? —decía Blue.

—Debe ser por el dinero que me adelantó el director.

—Eso debe ser lo que motiva mi llamada. Debo unos dólares, pero sin importancia.

Cuando salían de la visita al nuevo director, tenían que entregar en doce horas el dinero adelantado.

—Y ese rancho que han comprado ustedes, pertenece al Banco hasta que no abonen lo que hemos pagado por él y que el director, sin permiso, adelantó a ustedes.

—Es que ese rancho nos puede dar una gran fortuna... Debe estar tranquilo.

—Lo estaré más cuando vea el dinero en la caja de nuevo, o el rancho queda propiedad del Banco.

—En sus manos nunca sacaría lo que se ha pagado. En las nuestras, sí. Debe ayudarnos. Y le habló de su proyecto de acciones con la garantía de la Sociedad Minera.

Pero no era materia para el soborno.

Por eso salieron los dos asustados. Y dijeron que tenían que buscar los treinta mil dólares. No podían exponerse a perder ese rancho.

El director informó a Cary, ya que había llegado recomendado a él.

—Deje que busquen el dinero. Y que devuelvan ese dinero al Banco —dijo Cary.

—Es que lo que piensan...

—Lo sé. Emitir acciones. Pero no lo podrán hacer.

—Son unos cínicos. En especial ese tal Blue.

—Le voy a colgar antes de marchar a Phoenix.

# CAPITULO VIII

Quedaron tranquilos al devolver al Banco lo que les anticipó, aunque no esperaban tener que hacerlo con esa premura. Pero en realidad hacía más de un año que les entregó el dinero el otro director. Lo que más les dolió fue tener que entregar el dinero que les dejaron para pagar a Ike.

Blue se sorprendió al ver entrar en el comedor de su rancho a Adams.

—¡Ya es hora que se te vea! No creo que se acuerden ya de aquello. Aunque ese forastero sigue matando sin que haya quien le frene.

—¿Y mi hija?

—Han salido los dos... Hace unos días que no se les ve y en el rancho han comentado que han debido salir de viaje. Cobraron mucho dinero por el rancho.

—¿Y lo de las acciones...?

—Hay que hacerlo bien. Primero hay que airear el hallazgo en el rancho de Ike que compra la Sociedad Minera. Y con la garantía de la fuerte y resucitada entidad, las acciones serán absorbidas a las pocas horas de salir al mercado. La fama de la Minera se encargará de hacemos ricos de verdad. ¿Y Lawson?

—Luchando con su ganado... —y reía al decirlo.

—Embarca en Benson, ¿verdad?

—Sí. Y los hierros del ganado no se relacionan ni se miran...

—Así es como debe venderse el ganado.

—¿Qué tal la minería?

—Decayendo cada día más... Se está agotando...

—Lo del rancho de Ike será un respiro...

—Y por la situación actual al salir las acciones, se van a volcar sobre ellas.

—Eso es lo que hace falta.

Preguntó Blue a qué había ido Adams.

—Quería hablar con mi hija, para que me deje estar en el rancho, y, de acuerdo con los vaqueros de Lawson, llevarme ganado...

—No creo que con Ike aquí puedas sacar una res.

—Eso es asunto mío. Lo que hace falta es que se compadezca mi hija de mí y me deje estar en el rancho.

—Pues no creo que vuelvan por ahora. Los vaqueros han comentado que deben estar de viaje.

Wesley fue a dar cuenta que ya estaban trabajando en el rancho de Ike y que habían llevado varias muestras para ser analizadas.

Cuando tuvieran el informe que estaban seguros cuál sería lo harían saber por medio de la prensa. Y cuando se hubiera extendido la noticia, se hablaría en voz baja, que es como mejor se extienden las noticias, que la Sociedad Minera iba a unir ese hallazgo a las sociedades que controla. Wesley conseguiría que los que están al frente de la Minera afirmaran que van a comprar ese filón que supone el rancho de Ike. Y poco después aparecerían por sorpresa acciones de la Minera.

A los dos días ya se comentaba como secreto que en el rancho de Ike había una inmensa fortuna, pero que era necesario utilizar todos los medios normales, pero modernos. Para lo cual era urgente aumentar el capital. Y dotar a ese descubrimiento de los elementos más recientes.

La noticia de que había plata en cantidad y de la mejor calidad se extendió por las diligencias y en el tren. Y al llegar a Phoenix, telegrafiaron a Cary para que informara. Era telegrama en clave, que no "podían adivinar lo que quería decir en realidad.

Sandra estaba en Phoenix con Belinda y con Ike. Los tres esperaban la llegada de Cary. Pero éste esperaba los acontecimientos en Tombstone. Era necesario conocer quiénes eran los que llevaban la conducción del plan. Aunque suponía que era Wesley el que estaba en representación de la Sociedad Minera. Representante falso, desde luego.

Le preocupaba la expoliación que iba conociendo por lo que comentaba el herrero con él. Especulación que dio motivo a la expoliación, de acuerdo con el juzgado.

Wesley estaba muy contrariado porque no podía contar con el Banco.

El nuevo director del Banco no era partidario de amparar ninguna clase de valor minero. Decía que existía una Bolsa a la que debían acudir las acciones dentro del ciclo normal de esa clase de inversión y especulación.

Había sido una negativa rotunda. Y sin la cobertura del Banco, la venta de acciones sería casi nula. Aunque estuvieran avaladas con el nombre de la Sociedad Minera. Los entendidos decían que las acciones sólo se vendían en Bolsa y no en la calle.

Las sociedades mineras, todas ellas, cuando hacían una ampliación de capital ofrecían acciones nuevas en relación con las que poseían de las viejas.

El sistema de vendedores en poblaciones, había pasado a la historia. Y Wesley, que era el autor del gran golpe, como él decía, sin la ayuda del Banco estaba seguro que no iba a conseguir mucho. Porque las acciones libres se vendían en los Bancos. Y se llamaba acciones libres aquellas que los accionistas no absorbían. Y dentro de la cotización oficial. No se podía poner precio a cada una que no estuviera fijado en el juego de la Bolsa.

Blue y los granujas que andaban por allí con la expoliación no era mucho lo que sabían de ese juego de los valores de manera oficial. Estaban habituados a los viejos tiempos, cuando se salía a la calle con acciones que habían sido bien trabajadas por los periodistas sin escrúpulos. Eso se acabó. Pero si contaban con un Banco, y la garantía aparente de la Minera, se podrían vender, porque podían ser de accionistas que se desprendían de ellas.

Todas las posibilidades se debilitaban o se hundían si les faltaba el apoyo bancario. Por eso los que adquirieron el rancho de Ike para el engaño minero, estaban asustados ante el cambio de director del Banco en un momento tan inoportuno. Y Wesley era el más asustado. Empezaba a sospechar que habían regalado muchos dólares a ese ganadero, para nada.

Hablando con Blue y con un visitante llegado de Phoenix, dijo Wesley:

—En todo esto veo la mano del forastero, que en realidad no tiene motivo alguno para estar aquí.

—Es lo que he sospechado yo —decía Blue—. Y se ha convertido en un grave problema porque debe tratarse de un pistolero. No hay duda que maneja el «Colt» y el rifle de una manera espectacular y eficiente...

—Pero no creo que haya hecho cambiar al director del Banco. No, no es problema de aquí, es de la capital. Alguien ha debido sospechar.

Cary, que tenía el caballo en el rancho de Belinda, fue informado que había llegado el padre de la muchacha y que trataba de formar una manada para venderla.

—Ha dicho —comentaba el encargado del rancho por Belinda a su marcha— que tiene tanto derecho como la hija y que ya se aclarará en la corte y en su día.

Cary no quería matar a ese hombre porque Belinda le pidió que no lo hiciera, aunque ella reconocía que lo tenía merecido.

Así que marchó a visitar al juez y al *Sheriff*. Y éste se presentó en el rancho cuando Adams estaba con Lawson, de Benson.

Adams se puso nervioso al ver al de la placa, pero le saludó con amabilidad.

—¡Mira, Adams!... Sabes que fuiste expulsado de aquí por orden de tu hija, que es la dueña...

—Yo tengo tanta parte como ella y lo demostraré en la corte.

—De acuerdo. Pero lo vas a hacer desde donde quieras menos en el rancho. No me obligues a que te lleve detenido...

Los que eran vaqueros de Ike estaban con el rifle empuñado bajo las ventanas del comedor donde estaban hablando el *Sheriff* y Adams.

—Mira... —dijo Adams—. No voy a marchar de aquí, porque ya te digo que tengo tanto derecho como mi hija a estar aquí.

—¡No me obligues a lo que no quiero hacer!

—Le está diciendo que tiene tanto derecho y lo demostrará —dijo Lawson.

—No te metas en esto, Lawson.

—Van a llegar seis vaqueros que me deja Lawson para defender lo que es mío.

Palideció Adams al ver a Cary, que entró en el comedor.

—¿Qué pasa, *Sheriff*? Ya sabe que soy el encargado por Belinda de este rancho. Y lo mismo me dijo Ike, así que dígame qué es lo que pasa. Porque me hizo Belinda el ruego de que no matara a este cobarde que ordenó mi muerte y la de Brenda..., pero mi promesa tiene un límite. Así que va a salir ahora mismo de este comedor y del rancho. Y si es cierto que tiene tanto derecho como ella, reclama donde crea que debe hacerlo. Pero usted, fuera de aquí.

—No sé quién eres, muchacho...

—¡Usted se calla! —dijo a Lawson, que era el que hablaba—. Y usted, ¡fuera de aquí!

En cada mano tenía un «Colt».

—No haga me olvide del ruego de Belinda. ¡Y estoy deseando disparar!

Los dos se pusieron en pie y salieron del comedor.

—Buscad los caballos de estos caballeros —dijo a los vaqueros que estaban con el rifle empuñado.

—Este cobarde es el que ha estado insultando a Ike y le estaba haciendo el cerco... Lo que debemos hacer es colgarle. Es el que pidió que pasaran la manada por el rancho de Ike...

—He dicho a Belinda que todo dependía de su padre, si le mataba o no... Va a marchar y no aparecerá más por aquí. Y si lo hiciera, como sólo viene a robar ganado, disparáis sobre él sin previo aviso. Ahora sabe que entrar en los terrenos de esta propiedad es la muerte para él. ¿Y éste quién es?

—Un ganadero de Benson... Es muy amigo de Adams. Dicen que está en el rancho de él.

—¡Fuera los dos!

Llevaron los caballos de los dos y les hicieron montar.

Los tres vaqueros montaron y con el rifle en las rodillas les siguieron.

Adams tuvo miedo a que cuando estuvieran alejados del pueblo dispararan sobre él, porque no le estimaban.

—¡Un momento! —dijo uno de los vaqueros—. Con las manos sobre la cabeza, desmontad. Los dos sabéis hacerlo.

Cuando los dos lo hicieron, fueron desarmados.

Como Adams llevaba un revólver escondido en el interior de la camisa, fue golpeado con la culata del rifle.

—Así que llegaste dispuesto a disparar sobre Cary.

—¡No es verdad!

Fue muy duro el castigo... Le cruzaron sobre su caballo.

Uno de los vaqueros le llevó de la brida. Lawson iba temblando. Una vez fuera de los límites del rancho, el vaquero regresó y Lawson se hizo cargo de Adams y, una vez en el pueblo, le llevó a casa de un doctor.

—¡Vaya paliza que le han dado! —exclamó el doctor.

—Ya lo sé —dijo Lawson—. Han sido unos vaqueros del rancho de Adams...

—De la hija de Adams —corrigió el doctor.

—Este dice que tiene tanto derecho como ella.

—Puede decir lo que quiera. ¿Quién le ha dado la paliza? ¿Ese tan alto?

—No. Han sido los vaqueros, al descubrir que llevaba un revólver escondido debajo de la camisa.

—Han debido colgarle... ¡Venía dispuesto a traicionar a ese muchacho, al que ya encargó que mataran, y a Brenda...! Es extraño que no le haya

matado. No creíamos que se atreviera a venir... Debía creer que no estaba aquí.

—Es que un abogado le ha dicho que tiene tanto derecho como la hija.

—Tiene que estar loco el que le haya dicho una cosa así.

—Y venía dispuesto a quedarse en el rancho hasta que se vea el asunto en la corte.

—Y hasta entonces, llevarse el ganado. No sé si lo entiendo que no le hayan matado. Ahora tiene para una semana de intensos dolores.

Cuando volvió en sí, miraba al doctor y le saludó.

—¡Hola, doctor! —dijo.

—¡Hola, Adams! No sé cómo no te ha matado ese muchacho... No olvida el encargo que hiciste.

—No encargué nada.

—Lo conversaron antes de morir. ¿Y qué es lo que dice Lawson, que tienes tanto derecho como Belinda?

—Es verdad. Me lo ha dicho un abogado.

—Has venido dispuesto a matar a ese muchacho... ¿Sabe él que llevabas un arma escondida?

—No le iba a traicionar...

—Marcha así que te cure. Cuando lo sepa ese muchacho no habrá quien te salve.

Adams estaba lleno de miedo. Y una vez curado se reunió con Lawson y marcharon al rancho de éste.

—No hemos debido venir —decía Lawson—. Es tu hija tu peor enemigo. He hablado con las mujeres de la casa. Es ella la que no quiere que estés en el rancho.

—¡Fallaron aquellos tontos...!

—No te acerques a ese rancho otra vez. Te matarán si lo haces, porque no creo que haya una persona que te estime. Todos te odian.

—Están asustados por ese muchacho tan alto...

—¿Es que no lo estás tú?... Has pasado un buen susto. Creíste que te iba a matar. Y parece que tiene razón. No me habías dicho que encargaste les llevaran al rancho para ser colgados. No comprendo tampoco que no te haya matado.

—No es verdad.

—No es a mí al que has de convencer.

Los vaqueros de Lawson, cuando llegaron al rancho, miraban a Adams muy sorprendidos.

—¿Qué ha pasado? ¿No íbamos a ir a buscar una buena manada?

—Ya lo veis. Vive de verdadero milagro. —Y explicó Lawson lo sucedido.

—¿Quieres que nos encarguemos nosotros de él?

—¿Y qué vais a ganar? Es la hija la única dueña del rancho. No se conseguiría nada con esa muerte.

—Pero no se le va a dejar que ande asustando.

—Lo que ha estado haciendo no es asustar. Hay varios enterrados. Y a vosotros no os importa nada.

—Iremos para las fiestas de Tombstone. Vamos todos los años y si sigue por allí cuando lleguemos...

—No me gusta que crean en Tombstone que es un encargo mío. Así que marchad del rancho. Ahora diré que ya no formáis parte del equipo.

—Cuando me vea ganar el ejercicio de «Colt»...

—¿Por qué piensas que vas a ganar?

—Porque sé que soy el mejor.

—¿Es que no cuentas con los demás? —dijo Lawson, riendo.

—Es que estoy seguro que soy muy superior a los que se presentan.

—Pero si no se sabe quiénes son los que participarán. Hay bastantes forasteros todos los años... Y ahí tenéis uno que ha demostrado de lo que es capaz, al evitar varias veces que le mataran a traición. En esos momentos es cuando se sabe de la peligrosidad de una persona. Además, si ganas, no por ello te vas a dedicar a matar a quien no te hizo nada.

—Cuando me vea disparar se marchará de Tombstone.

Lawson no quería seguir discutiendo con el vaquero. Y no le agradaba que Adams siguiera en el rancho. Desaparecida la posibilidad de llevarse ganado del rancho de Belinda, su estancia allí carecía de interés. Pero no se atrevía a decírselo en esos momentos. Esperaría a que se restableciera de la paliza recibida.

Y en Tombstone, al otro día, había otra noticia desagradable para Wesley y sus socios. Acababa de llegar un comisionado de minas. Cargo federal que hasta entonces no sabían en Tombstone que existiera.

Cuando le dieron cuenta, en una de las minas que visitaba, se quedó sorprendido.

—¿Comisionado de minas...?

—Comisionado federal de minas —aclaró el que le informaba—. En el juzgado le dejan espacio y una mesa para que empiece a trabajar. Y ya pueden ir preparando documentos. Hablaba de hacer un censo de minas y propietarios.

—Y tenemos varias minas que figuran asociadas, sin documentación que la acredite. Nos hemos descuidado todos. Y es que no podíamos pensar en la posibilidad de que se presentara un comisionado.

—Y de ser un serio obstáculo para el rancho de Ike.

—Empiezo a sospechar que le hemos regalado una fortuna a ese muchacho para no conseguir nada más que el rancho, que menos mal que es muy extenso y se puede criar ganado. La pérdida, así, no es tanta. Y la compra es menos ruinosa de lo que piensan algunos. Hemos pagado muy barato cada acre.

—Pero muy lejos de la finalidad...

—Aún no está descartada —dijo Wesley—. Espero noticias de Denver.

—La Sociedad Minera está muy lejos de aquí.

—Tiene minas en muchos estados del Oeste.

—Hacía años que no se hablaba de ella, y creo que no había acciones en Bolsa.

—Pero la entidad ha seguido existiendo.

—¿No decían que había quebrado?

—Esas sociedades tienen altibajos.

—Yo sé que se habló mucho de esa sociedad, pero hace bastantes años.

—Pues ya está de nuevo en Bolsa y se buscan las acciones con gran insistencia. Así que si aparecieran en la Bolsa de Chicago o de Nueva York, serían absorbidas todas ellas en una sola sesión.

El amigo de Wesley, llegado con él de Phoenix, le decía más tarde, los dos solos:

—Una emisión de acciones en masa al mismo tiempo en las tres Bolsas más importantes, puede conseguir más de cuatro millones en unas horas.

—Y los que han promocionado la sociedad pueden retirarse con una inmensa fortuna. Pero se sospecha que hay acciones legítimas de la Sociedad Minera en alguna parte.

—¿Y si aparecen?

# CAPITULO IX

—¡He tenido carta de Cary! —decía Sandra a Belinda y a Ike.

—¿Qué dice?

—Que tardará unos días. Parece que se han complicado algunos asuntos que le interesan.

—¿No te parece que hay un misterio tras ese muchacho? —decía Belinda.

—Ya nos lo explicará algún día.

—Lo que no hay duda, es que no se trata de un vulgar vaquero, como todos pensamos.

—Lo que tiene es imaginación. Fue una buena idea la de obstruir la salida de los cañones, de lo más eficaz que se nos podía ocurrir. Nunca lo hubiera pensado yo y, sin embargo, él lo decidió en solo unos minutos, cuando vio los cañones.

—Su manera de hablar... En fin, hay una serie de detalles... ¿No dice nada de mi padre?

—¿No te escriben a ti?

—Sabes que no quiso Cary que dijéramos seguíamos aquí. Deben pensar que con el dinero del rancho hemos ido a realizar un viaje.

—Espero que venga pronto.

—¡Sandra!... Tú estás enamorada de él, ¿verdad?

—Muchas veces me hago esa pregunta y no sé en realidad responder con seguridad. Pero lo que no hay duda es que le echo de menos y le obedezco.

—Eso es que, por lo menos, te estás enamorando. Me tiene preocupada mi padre.

—No me atrevo a decir lo que pienso de él.

—Soy la más convencida de que es todo lo malo que pueda ser una persona, pero tendrás que reconocer que es mi padre. Aunque sé que si por mandar matarme sabe que hereda el rancho, no dudaría en hacer ese encargo. Pero ha de conocer el testamento de mi abuelo. Mi muerte supone la herencia para él.

En Tombstone, la llegada del comisionado produjo inquietud en algunos medios mineros. Inquietud que en varios mineros provocó verdadero pánico por las medidas que empezó a poner en práctica. Sobre todo la llamada a los que formaban sociedades para que llevaran los documentos relativos a esa circunstancia. Y sólo dos sociedades estaban en condiciones de presentar lo solicitado sin temor alguno.

Williams Bevil era el director de un complejo minero, que asociaba a distintas minas de no mucha importancia, que pertenecían a distintos propietarios. Y fue llamado por el comisionado.

El comisionado, que dijo ser muy amante de los caballos, el perteneciente a Cary sirvió de pretexto para que se hicieran amigos. Y decía Cary en un local al comisionado:

—Lamento que mi caballo no se deje montar por otra persona que no sea yo. De lo contrario, ¡vería qué manera de galopar!

Y como Gary no tenía nada que hacer, se pasaba las horas con el comisionado.

El amigo de Wesley le dijo a éste:

—Ese tan alto y el comisionado son amigos de antes. Lo han hecho bien, pero me parece que ha venido por indicación de ese vaquero. Y el cambio del director del Banco y la llegada del nuevo juez, todo ello es obra de ese forastero. Es el mayor enemigo que tenemos aquí. Y es el que está orientando la actuación del comisionado. ¡Cuidado con él!

Wesley quedó pensativo. Y al reunirse con Blue, le dijo lo que el amigo había indicado.

—¡Tal vez tenga razón! —dijo Blue.

Williams, el amigo de Wesley, le decía a éste:

—Me ha mandado llamar el comisionado y voy a tener una situación difícil. La Sociedad Tombstone, de la que se habla y cuyas minas yo dirijo, no existe oficialmente como sociedad.

—Tal vez te llame para saber la producción total de esas minas.

—Es posible, pero la verdad es que estoy preocupado.

Acudió a la llamada y se sorprendió de encontrar a Cary, que estaba sentado junto al comisionado y que debían estar hablando entre ellos.

—Veamos —dijo el comisionado, mirando un papel que tenía ante él —. Usted es el que dirige los trabajos en las minas de la Tombstone, ¿no es así?

—En efecto.

—¿Quién preside esa sociedad?

—A mí me contrató Frank Eden.

—¿Y no sabe si es el presidente...?

—Supongo que lo es...

—¿Sólo lo supone?

—Si es el que me contrató, es de suponer que lo sea.

—Bueno. Es lo mismo. Y ya que es el que le contrató, le ruego le diga que venga con todos los documentos que usted sabe son necesarios para las sociedades. Como no hay censo ni registro de minas, no he podido hallar antecedente alguno. Por eso le ruego me traiga todo lo que usted sabe es preciso. Y que no hay necesidad que le enumere. Y una pregunta, míster Bevil. ¿Quiere indicarme dónde ha estado trabajando antes de aquí?...Tráigame sus documentos personales mañana mismo. ¡No lo olvide!

Williams Becil salió muy asustado. Y buscó a Wesley.

—¿Qué ha pasado? —dijo éste.

—Me ha pedido que vaya Edén con la documentación de la sociedad.

—Y usted sabe que no hay documentos algunos ni sociedad, ¿no?

—Desde luego.

—Y los que figuran como dueños de esas minas agrupadas, no son en realidad tales propietarios. ¿No es así? ¡Sino minas explotadas!

—No lo sé, pero sospecho que ésa es la razón por la que no hay nada legal. Y desde luego, no me voy a presentar mañana.

—Hará bien. No me gusta este comisionado. Ha venido dispuesto a aclarar lo de las minas, que en Tombstone está muy poco claro y que en realidad debe quedar poco mineral explotable.

—Es la impresión que tengo. Los mineros van siendo despedidos y vuelven muchos al ganado. Sólo consiguen una producción rentable y equilibrada esas dos sociedades legalmente constituidas.

—Y formadas por mineros que hace años se unieron. Todo lo demás, es como la Tombstone...

Cuando al otro día no se presentaron ni Williams ni Edén, dijo Cary:

—Estaba seguro que escaparían los dos. Y lo mismo habrán hecho los que con Edén se decían propietarios de la Tombstone. Y los que trabajan en esas minas, son expoliadores. ¡Estoy seguro! Colocados por los que han huido. Ya verás cómo vendrán las reclamaciones... Aunque me parece que es verdad que no hay riqueza minera sólida en esta parte. Tienes que llamar a Wesley.

Fue llamado y antes de aparecer, habló con sus amigos.

Una vez ante el comisionado, dijo éste:

—¿Es usted minero?

—He trabajado de técnico algunas temporadas.

—¿Y ahora?

—Suelo hacer negocios...

—Me dicen que usted aconsejó la compra de un mucho que hay por aquí, porque las muestras analizadas aquí, daban un buen tanto por ciento de plata, ¿no?

—Cuando conocí el informe del laboratorio, es cierto que aconsejé compraran ese rancho.

—Y parece que ha intervenido en la compra.

—Consideraba que era una buena inversión.

—¿Está lejos esa propiedad?

—Bastante.

—¿Han hecho ustedes excavaciones?

—Sólo para obtener las muestras analizadas.

—¿Forman ustedes sociedad?

—No lo creo necesario. Buscaremos ayuda bancaria con la vista de ese informe. El director que había en el Banco, nos facilitó el dinero para comprar, aunque el nuevo director porque no parece que consultara con la central, nos ha hecho devolver ese dinero.

—Celebraré que tengan suerte con esa compra. Pero si usted es técnico, estoy seguro que el éxito les acompañará, no iba usted a comprar lo que no tenga plata.

Cuando ya salía Wesley agregó el comisionado:

—Si pensaran en acciones para buscar capital, no deje de avisarme con tiempo.

Al comentar con Blue la entrevista, decía:

—Estoy seguro que se ha estado riendo de mí... No me gusta ese muchacho. Se ha dado cuenta de la verdadera intención. Por eso, al marchar me ha dicho que si pensamos en acciones que le avise con tiempo. ¡Con un comisionado aquí, no se puede intentar nada! Sólo meter ganado y que se le explote en ese sentido. Fue una lástima lo que pagamos por ese rancho. Es posible que el terreno lo valga, pero no era eso lo que buscábamos al comprar a Ike. Es el que ha salido ganado.

—¿Es que no vamos a hacer lo de las acciones?

—No se puede hacer. Y desde luego, yo voy a marchar mañana.

—Tendrán que devolverme el dinero que he dado para esa compra. Porque lo curioso, es que he sabido que usted no dio un solo dólar. Nos lo sacó a Bates, a Rison y a mí. Diez mil a cada uno. ¿Qué iban a poner sus amigos de Denver?

—El nombre de la minera y la distribución de las acciones para venderlas en los lugares adecuados.

—Es decir. Que la venta estaría realizada por ustedes. Y con el importe de las ventas, desaparecerían ustedes de Arizona, ¿no?

—No debe pensar así.

—Ya está pensando en marchar. ¿No es así?

—Saben por qué tengo que hacerlo. Lo pasaría mal de seguir por aquí. Y deben estar tranquilos Lo de las acciones se hará. Y servirá ese rancho de espejuelo para ello. Porque la verdadera Montana dirá en Denver por medio del periódico, que han comprado una magnífica mina de plata en Arizona. Y se publicará una copia del informe del laboratorio. Deben confiar en mí.

De esta forma tranquilizó a Blue y a los otros dos ganaderos. Y le dejaron marchar.

Cary al saber esta marcha, reía con el comisionado.

—Se está limpiando esta población de los mineros. Y las minas serán abandonadas en su mayor parte. Y todo, sin la menor violencia. Estaba seguro que bastaría el hacer unas llamadas a determinadas personas.

A los dos días, el *Sheriff* daba cuenta que el ochenta por ciento de los mineros habían marchado de Tombstone.

Uno de las dos sociedades legales, al hablar con el comisionado, decía riendo:

—Parece que ha asustado usted a los mineros. Me han dicho que están marchando la mayoría.

—Es que no sería rentable el trabajo que realizaban.

—Es que trabajaban minas explotadas y han tenido miedo a la cuerda. Le aseguro que algunas minas tienen mucha plata en su seno. Lo que es más difícil, es que sus verdaderos propietarios se presenten a reclamar. La huida ha sido por pánico a las consecuencias. Pero si se ocupan ustedes de llevar quienes sepan trabajar, obtendrán bastante plata. De oro ha de haber muy poco. En cambio plata, sí que debe haber.

—Mandaré hacer una investigación. Y en las minas que se vea plata enviaremos trabajadores especializados y lo que se obtenga, aparte del

sueldo a los que trabajen, se puede invertir en dotar a la ciudad de un hospital que no tiene.

Idea que pareció alegrar a los oyentes. Y que al extenderla por la ciudad fue alabada por la mayoría de los ciudadanos.

El comisionado decía a Cary:

—Has dejado escapar a los que han estado expoliando.

—No lo podríamos demostrar. Lo que me interesaba es qué buscaba Wesley por aquí. Y qué harían con ese rancho en el que hay menos plata de la que lleva un dólar. Por desgracia para ellos, todo se les ha puesto mal. Lo del director del Banco ha sido el más duro golpe. Pero sospecho y por eso le he dejado marchar, que lo van a intentar en Denver.

—Los que han resucitado la Minera no tienen una sola acción. Y, ¡cuidado con ellos si saben que esa muchacha tiene tanta acción!

—Pero son nominales. Y está a su nombre. Precaución de su tozudo padre.

—Tal vez tengas razón. Este rancho les puede servir en Denver para una buena operación. Imagina que hacen saber que han comprado una propiedad en la que hay la mejor plata descubierta hasta ahora. Y que para una perfecta explotación, dada la distancia y condiciones de terreno, necesitarán ampliar el capital. Y ya tienes las acciones en la Bolsa y se vuelcan como locos a por ellas... Porque publicarán los informes conseguidos con esa finalidad y con las muestras «plantadas».

—Tendré que ir a Denver. Ha de estar cansada de esperar Sandra en Phoenix.

—Y mí misión aquí está terminada. Ha salido como suponía. Esperaré a ver esos ejercicios de que hablan.

—Creo pasado el peligro que yo temía. Haré que vengan el matrimonio y Sandra. Querrá estar en el local esos días. Pero no estoy de acuerdo. El local cuando llegue, será de los empleados. No quiero que esté un día más detrás de un mostrador

—¿Enamorado al fin? —decía el comisionado riendo.

—Creo que sí.

—No te olvides que la minera necesita de ti. Ahora deben estar robando todos.

—Son más las minas que están paralizadas. Habrá que trabajar mucho cuando se aclare lo de las acciones y por lo tanto exista una verdadera dirección y una verdadera propietaria de acciones.

Cary estuvo hablando con los empleados y el *barman*. Iba incluido el hotel en lo que iba a proponer. Y hecha la propuesta fue aceptada con alegría. Sandra les cedería el hotel y el *saloon* con la obligación de pagar un tanto cada mes para la conservación y mantenimiento del hospital que se iba a construir con el fruto de las minas abandonadas.

—¿Estará de acuerdo Sandra? —decía el *barman*.

—Cuando llegue, no tendrá más remedio porque lo haré yo en su nombre. Después de todo voy a ser su esposo.

Se echaron a reír.

—Pero ¿lo sabe ella? —decía una empleada riendo.

—No se lo he dicho aún.

—¿Y si no acepta?

—Encargo al caballo que se ocupe de ella.

Y en virtud de un telegrama, se presentaron los tres ausentes. Y en la estación estaba Cary esperando. Los tres le saludaron con cariño.

Fueron los cuatro al *saloon* de Sandra para beber algo.

La muchacha era saludada por los empleados y por los clientes que aseguraban le habían echado muy de menos.

Sandra fue a su habitación para cambiarse de ropa.

—¿Le has dicho algo? —preguntaron a Cary.

—Todavía no. Se lo diré cuando vuelva.

—Mira que si no está de acuerdo...

—Pues todo queda como está y no pasará nada.

Al volver de la habitación, saludaba con alegría a los clientes conocidos.

—Ven aquí... —dijo Cary—. Nos vamos a sentar y hablaremos.

—Ten en cuenta que los clientes querrán que sea yo la que les atienda después de esta ausencia.

—No te preocupes. Ya se han acostumbrado a ellas y al *barman*. Y hemos de hablar.

—Podemos hacerlo si te acercas al mostrador.

—¡No vas a estar más detrás de ese mostrador ni de otro! —dijo sonriendo mirando a Sandra.

Las empleadas y el *barman* estaban pendientes de ellos dos.

—No comprendo. ¿Dices que no voy a estar más detrás del mostrador? ¿No es eso lo que has dicho?

—Y bastante claro.

—Supongo que habrás inventado alguna razón, ¿no?

—Es bien sencilla.

—¿De veras?

—En efecto.

—¿Y cuál es?

—No quiero que mi esposa esté detrás de un mostrador. ¿No es razón suficiente?

—¿Hablas en serio? —decía ella riendo.

—¡Pues claro!

Se levantó Sandra y se abrazó a él besándole sin preocuparse de que hubiera tanto cliente.

—¡Debéis oír esto! —gritó—. Cary y yo, nos vamos a casar.

Los clientes y los empleados aplaudían con cariño.

Cary dio cuenta de lo que había convenido con los empleados.

—¡Me parece admirable!

Cuando se lo dijeron al matrimonio que habían ido al almacén, dijo Belinda:

—Estaba segura que se habían enamorado... Pero sospecho que la va a llevar lejos de aquí.

La noticia voló por la ciudad. Y como ella era muy popular, la mayoría se alegraban. Y acudían para felicitar a la muchacha, que decía ser el último día que estaba en el *saloon*.

# CAPITULO X

Blue no había olvidado el asunto de Belinda. Y entendía que era llegado el momento de que castigaran al matrimonio. Podían aprovechar las fiestas, y con la intervención de unos falsos beodos, provocar a Ike al besar a su mujer ante él.

La lección que quería les dieran, era de muerte.

Como Sandra no estaba en el local, se juntaba con Belinda y solía ir a su rancho donde estaba Cary también con el pretexto de tener allí su caballo.

La noticia de que se iban a casar Sandra y Cary no agradó a todos. Uno de los que no estimaban a Cary, era Rison por lo sucedido con el caballo y por lo que se había reído de su oferta de tantos dólares por el animal.

Uno de los vaqueros comentaba con un compañero lo sucedido con el caballo. Ese compañero acababa de entrar en el equipo.

—¿Y es tan fiero ese animal? —decía el nuevo vaquero.

—No te puedes hacer idea. Y desde luego es el animal más bonito que se ha visto por aquí.

—Pero no creo que ganara a mis caballos, en una carrera —dijo Rison que les estaba oyendo.

—Pues no lo sé, patrón. Porque en el mismo número de cabalgadas, la mayor alzada de ese animal le daría una ventaja de pulgadas y aun de yardas.

—¡No lo creas! Esos animales tan grandes suelen ser lentos. Y mucho más que hay que tener en cuenta, es si es un jinete tan pesado.

—Bueno. Eso es verdad.

—Si estaré seguro que le jugaría todo lo une quiera

—Pues a pesar del peso de ese muchacho, yo no jugaría nada. Ese caballo ha de ser muy veloz. Me he fijado en sus patas y no tiene grasa.

—Pues si tomara parte, le ganaría en la carrera. Como le va a ganar el vaquero de Lawson en el ejercicio de «Colt».

—¿Es que se sabe que va a tomar parte?

—Le provocará para que lo haga.

—Tal vez no quiera. Como pasará con la carrera.

Y los comentarios empezaron a hacerse en los locales. Ike que se informó dijo a Cary:

—¿Sabes lo que están hablando? —y le dio cuenta de los comentarios.

—Se van a quedar con el deseo de saber lo que seríamos capaces de hacer el caballo y yo. Porque no pienso tomar parte en los ejercicios ni en las carreras.

—Les vas a contrariar mucho.

—Eso no me preocupa.

Iban el matrimonio y Sandra por la calle, y se encontraron con Blue que se detuvo para decir:

—¡Hola, Belinda!

—Hola —respondió ella.

—¿Sabes que tu padre está enfermo?

—No me han dicho nada. ¿Dónde está?

—En Benson. En casa de Lawson... Parece que se le han infectado unas heridas que le hicieron aquí al echarle del rancho, que al parecer es tan suyo como tuyo.

—Sabe perfectamente que eso no es verdad. Iré a verle..., pero que no tenga esa ilusión. No quisiera reñir con él. ¿Está mal?

—Es lo que han comentado.

—Me acercaré a verle.

—Puedo acompañarte si quieres.

—Gracias

—Al fin te saliste con la tuya. Te casaste con Ike.

—Hacía tiempo que debimos hacerlo. Desde que fui mayor de edad. No debía hacer caso dé mi padre.

—¿Crees que hiciste bien?

—¡Vamos! —dijo Sandra—. Olvide ese asunto, Blue. No debió pensar en ello. Era usted muy viejo para ella. Debe buscar una de su edad. ¡Puede ser padre de nosotras! Tiene que ser realista.

—No hablo contigo, Sandra.

—De acuerdo. ¡Vamos!

—No creas que olvido —decía Blue al quedar solo.

—Voy a tener que matar a ese viejo tonto... —dijo Ike.

—No le hagas caso —exclamó Belinda.

Minutos más tarde, se detuvo Rison ante los tres.

—¡Sandra! ¿Es cierto que te vas a casar con el forastero?

—En efecto.

—Parece que ha sido más listo que otros. Un hotel, un *saloon* y una muchacha preciosa.

—No está bien informado. El hotel y el *saloon* es para los empleados. Y un tanto cada mes como alquiler, para el sostenimiento del hospital que dicen van a construir. Como ve, nada de hotel ni de *saloon*. Ya le decía que no le informaron bien.

—Puedes decir al que va a ser tu esposo que le juego lo que quiera en una carrera frente a su caballo y uno de los míos.

—No le interesa. Así que no pierda el tiempo. ¿Recuerda cuando le dijo que no vendía? Pues ahora dice que no correrá.

—¿Es que tienes miedo a que pierda?

—No interesa que corra más o menos que su caballo. Es que no le interesa. Y no debe insistir.

—Dile que os juego a los dos, diez mil dólares. ¿Verdad que es una buena cifra?

—Muy excesiva. Pero busque otro que acepte.

—Es que tengo interés de ganarle a él. Así se convencerá que no era por tener un caballo mejor que los míos por lo que quería comprarle.

—Es muy superior a todos los que tenga en el rancho. Pero no lo va a comprobar.

—Porque sabe que perdería.

—Piense y diga lo que quiera. No corre en la carrera.

—Eso, tenía que ser él quien lo diga.

—Lo digo yo y es lo mismo

Rison estuvo diciendo en todos los locales que jugaba diez mil dólares a Cary en una carrera frente a su caballo y que el forastero no aceptaba.

—Es que tiene miedo —añadía—. ¡No se atreve!

Estaban llegando forasteros para los ejercicios. Y estos comentarios les llamaba la atención.

Uno de los vaqueros del rancho de Rison se encontró con Cary que iba con el comisionado de minas y le dijo:

—¿No le ha dicho Sandra que mi patrón está dispuesto a jugar diez mil dólares a favor de su caballo en una carrera frente al suyo?

—¿No ha respondido ella que no me interesa?

—Pero eso es miedo.

—¿Miedo a qué? Es que no me interesa tomar parte en esa carrera, ni en ninguna.

—Lo que pasa es que sabe que va a perder.

—Razón de más para que no tome parte. Porque sería estúpido que si sé que voy a perder regalara esos diez mil dólares. ¿No te parece? Dile que no me interesa.

—Tanto negarse a vender...

—No he dicho que mi caballo sea campeón, ¿verdad que no lo he dicho? No lo vendo porque es un animal que me agrada conservarlo y que ya sabes que no le serviría de nada a él. No podría montarlo.

—Busca dinero y reúne diez mil dólares.

—No me interesa. No insistáis.

—¡Tiene gracia! —decía un vaquero de Lawson—. Te estoy oyendo hablar... Y ya veo que no se atreve a enfrentarse con el caballo que presente tu patrón. Y yo, no puedo jugar esa cantidad, pero sí cien dólares que tengo ahorrados.

—¿Otro caballo? ¡Enfréntalo al del patrón de éste! —dijo Cary riendo.

—No se trata de caballo. Se trata de mí. Te juego los cien dólares en un ejercicio con el «Colt».

Cary reía a carcajadas.

—Pero ¿qué es lo que os pasa conmigo? Uno quiere ganarme en una carrera y éste quiere ganarme en el ejercicio de «Colt» ¿A qué se debe este interés por mi persona?

—Dicen que eres un buen tirador. Has matado a unos cuantos. Y sin embargo, te juego mis ahorros.

—Tampoco me interesa. Toma parte en los ejercicios. Allí podrás demostrar tu habilidad.

—Sé que voy a ganar. Pero es que quiero ganarte a ti también.

—Vaya. Así que los otros participantes no suponen nada para ti. Eso es un desprecio que no se puede hacer.

El rumor que se oía era como un deslizar del agua por una catarata. Y puso nervioso al que hablaba.

—No desprecio a los demás. Es que soy superior a ellos.

—Si es así, no deben presentarse... ¿Es eso lo que piensas que debemos hacer? ¿No te enfadas conmigo si digo que no creo quedes ni en cuarto lugar?

Muchos forasteros reían de buena gana.

—No se puede asegurar como asegura que va a ser el ganador. Eso se dice después del ejercicio —decía un forastero.

—Es que pertenece a un equipo y a un rancho que les gusta presumir. Su patrón me juega diez mil dólares en una carrera. Y éste, que es un vaquero de él, me juega cien dólares en el ejercicio de «Colt». Ya veis. Les gusta alardear de ser los mejores en todo. Y cuando llegue la realidad, dirán que se han puesto nerviosos. No creo que éste, ya se lo he dicho, quede en cuarto lugar. Y yo, te ganaría con los ojos cerrados. Y a tu patrón le ganaría la carrera, pero tendría que mataros después a los dos. Y no quiero más complicaciones. A ti, te considero un novato. Y al caballo de tu amo, una tortuga al lado del mío. Es que no quiero tener que mataros y tendría que hacerlo porque no sabéis perder.

—¡Hablas que puedes ganar! ¿Por qué no lo intentas?

Lo estoy diciendo con bastante claridad. Porque tendría que mataros a los dos. Y desde luego, no creo que ganes en el ejercicio.

—¡Ganaré en el ejercicio y te ganaría a ti!

—Mira, no quiero tener que soportar esta insistencia. Dile a tu patrón que acepto esos diez mil dólares. Y a tí los cien en el ejercicio del «Colt». ¿Ya estás tranquilo? No hace falta esperar con todos los demás. Lo haremos nosotros solos. Puedes prepararlo. Y me aviséis en qué forma y dónde lo haremos. El mismo jurado de la fiesta se puede encargar de preparar nuestro duelo. Ahora ya no hables nada hasta que no nos enfrentemos Y espero que sepas perder. Porque vas a perder... ¡Lo mismo que tu patrón! ¡Hay que depositar el importe de las apuestas!

Para Rison era una alegría saber que Cary aceptaba la apuesta.

—¿No cometerás una ligereza? —decía Blue y Bates.

—¿Es que crees que puede ganar con el peso que tiene? Y ese caballo, como los grandotes, será más pesado que el mío.

—De todos modos me parece una locura jugar tanto dinero. Has podido poner cien dólares como tu vaquero. Y la satisfacción de ganar sería la misma.

—¡No es igual ganar cien que diez mil!

—¿Y de dónde va a sacar ese dinero?

—Se lo dará ella. Sandra sí tiene esa cantidad.

—Eso no me importa. Lo que me interesa es ganar esa cantidad.

Acordaron la forma de depositar en manos del *Sheriff*.

Sandra al saberlo, comentó:

—Hace bien de ganarles ese dinero y de demostrar que no saben lo que dicen.

—Pero ¿no es mucho dinero? Te vas a quedar sin ahorros si pierde.

—¿Quién te ha dicho que emplea mi dinero? Se lo daría si lo necesita. Pero es dinero suyo el que juega.

Belinda se puso muy colorada.

—Creí que eras tú la que ponía el dinero.

—Ya ves que estabas equivocada.

—Confieso que lo estaba. Pero de todos modos, cuando juega tanto ese ganadero es porque confía en ganar.

—Todos los que juegan es porque quieren ganar.

Cuando se encontraron con Cary les dijo:

—¿Sabéis que he aceptado las dos apuestas? Así me dejan tranquilo. Ya no insisten más. Ahora a celebrar los ejercicios.

El *Sheriff* era acosado a preguntas y asegura que ya tenía el dinero de cada uno, depositado en sus manos.

—¡Una locura! —decía—, pero tengo los veinte mil doscientos dólares. El que se los lleve ha hecho las fiestas de verdad.

Reunió el *Sheriff* a los que iban a componer el jurado con él y pensaron el blanco para el «Colt» y en el recorrido para la carrera.

No tardaron mucho en ponerse de acuerdo

Sandra estaba tan tranquila. Mientras que Belinda estaba muy nerviosa.

—Parece que seas tú la que pone en juego ese dinero —decía Sandra.

—Es que me parece un disparate.

—¡No puedes hacerte idea lo que me voy a alegrar cuando le ganéis todo ese dinero que ha de ser de Sandra! Los ahorros que ha estado reuniendo en estos años los va a tirar por complacer al que va a ser su esposo —decía Blue—. Pero confieso que me asusta que pueda ser él quien se lleve tanto dinero.

—Debes estar tranquilo. Y Ronson ganará con el «Colt».

—Eso, ya es más difícil. Ese muchacho ha demostrado de lo que es capaz con el «Colt».

—¡No conocéis a Ronson! ¡Ya le veréis!

Ronson que era más impaciente, dijo al *Sheriff* que debían preparar en primer lugar el blanco para el ejercicio de «Colt» Y decía:

—Así, después de perder en el primer ejercicio, irá más nervioso al segundo.

Los amigos de Rison decían que eso era verdad,

El jurado no tenía predilección por quién debía so primero. Y prepararon los dos blancos iguales.

Era una verdadera multitud la reunida para presen ciar lo de las dos apuestas.

Cuando el jurado colocó los dos blancos, Ronson frunció el ceño. Y Blue que estaba pendiente de él, dijo a Rison:

—Ese muchacho está contrariado. No es el tipo de blanco que él esperaba.

Pero los dos habían aceptado admitir lo que el jurado indicara él hiciera. Y era verdad que Ronson no esperaba un blanco así. No iba con lo que él estaba más habituado. Pero tenía que aceptar y no dijo nada. Se consideraba de veras uno de los mejores tiradores.

Llamados los participantes, se colocaron cada uno frente a su blanco. El *Sheriff* hizo saber que los dos debían esperar la señal con las manos sobre la cabeza. Y así estaban los dos esperando la señal entre un silencio absoluto casi. Y dada la señal, Rison y los que estaban con él al ver levantar las manos a Cary no comprendían que hubiera terminado. Creyeron que se retiraba. Pero los que estaban más cerca aplaudían con verdadero entusiasmo.

—¡Parece imposible! —decía el del jurado—. Cary, ¡dos segundos y sin fallo! Ronson, veinte segundos y un fallo.

Ronson agachó la cabeza y se retiró sin acercarse a sus compañeros.

—¡Qué barbaridad! ¿Os habéis dado cuenta? —decía Rison—. ¡Dos segundos doce disparos!

—Es que ha disparado con las dos manos a la vez.

—De todos modos... ¡No se concibe! ¡Es asombroso! ¡Ese sí que puede decir que es lo mejor de todo el Oeste! No habrá quien iguale lo que acabamos de ver.

—Le ha sacado muchos segundos de diferencia y sin un fallo.

—El otro es muy bueno también.

—Pero es que el otro es algo excepcional.

Blue dijo a Rison:

—Sospecho que te va a pasar lo mismo en la carrera. Le habéis provocado demasiado para estos ejercicios. Se resistía. No quería el

muchacho. Y ahora, te va a ganar en la carrera.

—¿Mil dólares?

—No me gusta apostar. Pero está muy tranquilo.

—Pesa mucho. Y el jinete que montará mi caballo pesa menos de la mitad.

—El asunto no está en el peso del jinete sino en la velocidad del caballo

El *Sheriff* indicó cuál iba a ser el recorrido para los dos caballos. Iban a emplear el mismo que siempre se recorría en las carreras anuales.

Era una amplia pradera de media milla de lado con lo que el recorrido total era de cuatro lados o dos millas.

Como era terreno abierto se podía ver la carrera desde el principio al fin. En cada esquina había dos jinetes para que pasara entre ellos y el lado exterior del terreno. Así se impedía que trazaran una diagonal y pudieran acortar la distancia.

—Gracias por el regalo que vas a hacer a mi patrón —dijo el jinete a Cary.

—Espera a que corramos. Luego, puedes decir lo que quieras, pero sospecho que te va a querer matar.

Dieron la voz de preparados y al hacer el disparo que indicaba la salida, Cary lo hizo como una flecha. Se colocó delante del otro caballo y seguía adelantándose... Cuando llevaban dos largos, era tal la diferencia que Rison abandonó su observatorio y marchó hacia el pueblo. Sabía que había perdido el dinero, que suponía una fortuna. Iba convertido en un volcán.

—Desde un principio he temido esto —dijo Blue al terminar la carrera con media milla de diferencia a favor de Cary.

—¿Qué te ha parecido? —decía Sandra a Belinda.

—Asombroso... —dijo.

Ronson se informó en el local en que se relució del resultado de la carrera. Y los comentarios le ponían furioso.

—¡Vaya regalo! —decía uno al lado suyo—. Más de diez mil dólares.

—Y qué diferencia en los dos. Media milla de diferencia.

—¡Y veinte segundos al del «Colt»!

—¿De qué os reís? —dijo Ronson y disparó sobre uno, recibiendo varios impactos en el rostro.

No tardó en informarse Rison que como Ronson se había ido solo a beber.

Cuando regresaban de la pradera, los encargados de provocar a Ike no se dieron cuenta que iba Cary y el comisionado con él.

Los vaqueros que iban a provocar se acercaron a Belinda para tratar de besarla. Pero pendientes de Ike.

Cary hizo una nueva exhibición. Y comprendiendo que era obra de Blue fue en su persecución, ya que le acababa de ver pasar sonriendo. Sin duda porque pensaba en lo que había encargado.

Pero se le adelantó Ike que llamó la atención de Blue. Le provocó y demostró Ike lo peligroso que era con el «Colt». Mató a Blue y al capataz que iba con él.

Rison y Bates desaparecieron.

* * *

Lo de la Minera de Denver se arregló en la forma planeada por Cary. Y ya casados se hicieron cargo de la sociedad y la organizaron de una manera ortodoxa.

El padre de Belinda murió por habérsele infectado las heridas del rostro.

Sandra y Cary quedaron instalados en Denver. Cary era un rico minero y uno de los mejores ingenieros especialistas.

Cuando se supo en Tombstone que Wesley había sido colgado en Denver, no sorprendió.

FIN